

**LAS
SABANAS
DE BARINAS**

CAPITAN VOWELL



MINISTERIO DE EDUCACION

ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA



O. p. no

LAS SABANAS DE BARINAS

Director de la Academia Nacional de Historia

Guillermo Morón

Comisión Editora

Blas Bruni Celli

Mario Briceño Perozo

Oscar Beaujon

Ildefonso Leal

Director de Publicaciones

Guillermo Morón

V47745
BIBLIOTECA POPULAR VENEZOLANA *ef. 2*

17

CAPITAN VOWELL

LAS SABANAS DE BARINAS

==== NOVELA ====



MINISTERIO DE EDUCACION
ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA

Caracas 1988

BIBLIOTECA NACIONAL
CARACAS - VENEZUELA

MINISTERIO DE EDUCACION
ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA
Caracas, 1988
Impreso en Venezuela por Italgráfica, SRL
ISBN-980-222-264-x
Portada: EDDIE ROJAS

PRELIMINAR

Obra de un legionario británico que militó en nuestra Guerra de Independencia, Las Sabanas de Barinas poseen el raro mérito de habernos conservado recuerdos de una época y de un medio social, como el de nuestros Llanos, muy pobre en referencias concernientes a aquellos días en que los combates no daban tregua para la captación de observaciones ajenas a los acontecimientos bélicos desarrollados allí. Su autor escribió además otros dos volúmenes: Campañas y Cruceros, vertido al español por Luis de Terán y editado en Madrid, y El Terremoto de Caracas, aun no traducido a este idioma, ambos consagrados también a asuntos de Venezuela. Publicados en Londres en 1831 por Un Oficial Inglés, designación con que el autor velaba su nombre, el anonimato se mantuvo hasta años recientes, cuando la concatenación de datos y alusiones parece haber puesto fuera de duda que pertenecen al capitán Vowell, quien vino a nuestra patria por 1817, con el grado de teniente del "Regimiento 1º de Lanceros Venezolanos", al mando del coronel Donald Mc Donal, antiguo ayudante de campo del general Ballesteros en las guerras de la Península.

Espíritu aventurero, como hubo tantos a comienzos del siglo XIX, participa en los episodios más culminantes de aquellos días: asiste a la batalla de La Puerta, 1818, donde su buena fortuna le salvó la vida, tras de peripecias casi novelescas, después de la rota del ejército republicano; pasa los Andes, en la campaña que conduce a la victoria de Boyacá, y al separarse del servicio, continúa militando en las costas del Pacífico.

El enredo romántico que sirve de urdimbre a la obra, está acompañado de interesantes episodios como los referentes a El Mercader Ambulante, a Los Maromeros, a la Caza de tigres y jabalíes... nombre este último con que el autor designa acaso los váquiros o los "cochinos alzados", tan feroces unos y otros como su congénero europeo. Mérito especial posee ella con los



cuadros de costumbres, las tradiciones y cantos populares, cuya memoria se habría perdido de no ser intercalados en sus páginas.

La primera tirada de Las Sabanas de Barinas hecha por la revista Cultura Venezolana, de Caracas, contiene un prólogo y abundantes notas, que nos hemos visto en el caso de suprimir en parte o de condensar en lo posible por exigencias materiales de esta nueva edición, destinada a fines de simple vulgarización literaria.

LAS SABANAS DE BARINAS

CAPÍTULO I

LOS LLANEROS. — UNA INVASION

Ayer no más estaba tan quieta y silenciosa esta vasta llanura que no podía oírse ni un rumor, fuera del lejano torrente o del martín rosa cazando en la espesura. ¡Pero ahora cuánta confusión! Aclamaciones, risas y gritos se mezclan en el viento al relincho de los caballos:

Un ejército arrullado por la victoria se mantiene aquí firme para aniquilar a los rebeldes.

Profeta anónimo de Khorassan.

Los habitantes de las llanuras de Barinas, recordarán por mucho tiempo el año de 1818, como una época durante la cual los horrores que invariablemente acompañan a la guerra civil, bajo cualesquiera circunstancias, fueron experimentados por ellos con mayor intensidad que en cualquier otro período de la agitada revolución de Venezuela. Las asoladoras luchas de los bandos patriota y realista, que combatían uno y otro por el triunfo con la ferocidad implacable que parece caracterizar especialmente los conflictos entre naciones que descienden de abuelos comunes y que hablan una misma lengua, habían sido confinadas hasta entonces, en gran parte, a las comarcas más populosas y mejor cultivadas del país, que eran los valles entre

las montañas. La amplia extensión de sabanas sin caminos, que los nativos llaman *Los Llanos* y que se extienden entre los ríos Orinoco y Apure, cortadas por numerosos, profundos y rápidos torrentes y parcialmente inundados en cada estación de lluvias, no ofrecían para intentar la invasión nada más atractivo que los novillos y caballos salvajes que abundan allí.

Los *Llaneros*, —hombres de las sabanas— raza sencilla y pacífica, vivían en familias separadas, cada una bajo un jefe común, a usanza de los antiguos patriarcas. Habitaban *hatos* remotos, o granjas, de ordinario situados a muchas leguas unos de otros con el objeto de que sus respectivos rebaños tuviesen mayor extensión de pastos y al propio tiempo para evitar la intromisión dentro de los linderos del vecino, cosa que no podría impedirse de otro modo en un país donde las cercas y aun las marcas de límites son del todo desconocidas. Las ocasiones de choque entre los peones de las diversas familias eran por consiguiente raras en extremo, mientras la inagotable abundancia de ganado salvaje y la facilidad con que en todo tiempo podían obtenerse caballos y vacas para el uso y subsistencia de los habitantes, no daban lugar a piques ni móvil para actos de agresión o violencia. Por lo demás resultaba evidente para un observador atento que la templanza de costumbres, característica de los llaneros de Barinas, no obedecía a apocamiento de espíritu, sino que era consecuencia natural del constante trato en que los jóvenes vivían con los mayores de su familia, a quienes estaban acostumbrados a rendir obediencia implícita y en cuya presencia adoptaban habitualmente una actitud respetuosa y tranquila.

Aunque usualmente se les llama pastores y se les considera como tales, sus hábitos y sistema de vida eran en realidad los del cazador, porque siendo del todo salvaje el ganado que constituye su única riqueza, el trabajo requerido para recogerlo y arrebañarlo en la vecindad del hato era necesariamente violento e incesante. Constante ejercicio a caballo; noches pasadas en vela para guardar el ganado, proteger los becerros y potros contra los rigores del tiempo, todo ella había contribuido ya a prepararlos para la igualmente ruda profesión de las armas. Por de contado, al interrumpir la guerra la comunicación entre los Llanos y la costa marítima de Caracas, quedando paralizado su tráfico habitual de mulas, cueros y sebo, sintiéronse inquietos e impacientes por su desacostumbrada inactividad. Todos cuantos eran capaces de llevar una lanza acudieron en masa a enrolarse bajo la bandera de su paisano José Antonio Páez, quien ya se había distinguido por su valentía y éxito, como jefe de guerrilla, y quien tuvo poca

dificultad en disciplinar tan valiosa recluta y en hacer de ellos buenos soldados en el campo de batalla.

Las familias de los *llaneros*, que aun permanecían en casa, aunque abandonadas por los más jóvenes, no corrían el peligro de padecer necesidad, porque los viejos y los muchachos, que muy a pesar suyo se quedaban rezagados eran capaces de abastecerlas con largueza escogiendo de vez en cuando alguna ternera cerril en el rebaño próximo, la cual, atada con el lazo certero, traían a la cola de sus caballos como provisión para el hato. Sin embargo, los amigos de aquéllos que habían tomado las armas sentían la separación mucho más de lo que hubiera ocurrido probablemente si el país que los rodeaba hubiese sido más populoso, porque en su vida de apartamiento la ausencia de un solo individuo dejaba un vacío sensible en el círculo familiar, y a causa de su casi aislada situación era probable que tuviesen poca o ninguna noticia relativa a los sucesos de una guerra en que por vez primera comenzaban a tomarse un profundo y doloroso interés.

A principios de este año, Bolívar había padecido una serie de derrotas en La Puerta, Rincón de los Toros y Ortiz por lo cual el ejército patriota se había debilitado mucho, hasta verse obligado últimamente a retirarse de la provincia de Caracas al interior de Barinas. En consecuencia, el general en jefe español, don Pablo Morillo, hubo de seguirlo a los Llanos con una fuerza formidable y confiando en la posibilidad de destruir en una campaña los restos de los *insurgentes*, a fin de que sus jefes desistiesen de incorporarse otra vez a una causa tan desesperada. Como Bolívar sabía muy bien que su ejército, extenuado por bajas y enfermedades y desalentado por frecuentes reveses, era incapaz de ofrecer ninguna resistencia efectiva al temido ataque, determinó confiar la defensa de las llanuras a Páez y a su caballería, retirándose con el resto de las tropas patriotas, consistentes en infantería y artillería, al establecimiento de misiones Los Capuchinos, situado en la margen opuesta del ancho y rápido Orinoco.

La alarmante nueva de la próxima invasión española extendióse con velocidad por las pequeñas aldeas y haciendas de las orillas de los ríos que separan las llanuras de los distritos montañosos. Los habitantes de éstos, muchos de los cuales estaban en algún modo ligados a los patriotas por lo cual tenían buenas razones para temer la llegada de Morillo y de su inmisericorde tropa de invasores, huyeron con precipitación a refugiarse en los hatos, en el fondo de las sabanas; su arribo fué saludado como un evento feliz por los sencillos y hospitalarios llaneros, quienes encantados con tan insólita e

inesperada visita no experimentaron el más leve temor de que ellos también se verían pronto compelidos a huir ante el azote de la guerra.

No fué sino al recibir noticia de que la ciudad fortificada de San Fernando de Apure, única plaza impotante en los Llanos, había sido reducida a cenizas, cuando vinieron a darse cuenta de la posibilidad de que un ejército invasor penetrase hasta sus remotas viviendas. Escaso número de ellos había ocasionalmente visitado a San Fernando con motivo de las festividades solemnes de la Iglesia, como en la Pascua de la Natividad y en Pascua Florida, trayendo al regreso tan exagerada idea de su fortaleza e importancia que la noticia de su destrucción se consideró casi increíble. Finalmente despertaron de su engaño con la llegada a cada hato de unos cuantos llaneros que iban del ejército y a quienes Páez, con la paternal solicitud de un jefe, había enviado para advertir a sus respectivas familias de la urgente necesidad de emigrar inmediatamente, y asimismo para que ayudasen al traslado de ancianos e inválidos a una región más inaccesible de las llanuras.

En verdad había llegado el momento preciso de asumir esta precaución, porque en diversos puntos del horizonte podían verse ya muy a las claras las columnas de humo que ascendían de los sitios donde antes se levantaban las casas de los cercanos vecinos; y también comenzaban a aparecer en la sabana varias partidas de emigrados, rumbo a los bosques ribereños del Orinoco, ya perceptibles en algunos lugares hacia el sur, y los cuales ofrecen en aquella ilimitada llanura la propia apariencia imprecisa entre nube y tierra que se observa a menudo en los mares del trópico. Estos fugitivos, cuando se detenían para reposar, propagaban la alarma de la invasión, ya comenzada en efecto, y aumentaban el pánico general refiriendo el difícil modo como escaparon de caer en manos de los españoles. Decían que Morillo había atravesado de improviso el río Arauca por el paso de Merecure y que avanzaba lentamente con la intención manifiesta de infligir ejemplar castigo a las familias de los llaneros por el formidable refuerzo que ellos habían suministrado últimamente a la causa patriota.

El hato "El Merecure", perteneciente al rico llanero Silvestre Gómez, y situado exactamente en el paso del Arauca por donde Morillo penetró en las sabanas burlando la vigilancia de Páez, fué por consiguiente el primero que saquearon y quemaron. La familia despertó a eso de media noche a causa del insólito ruido de las hachas en las selvas de la margen opuesta y pudo ver claramente, gracias a la luna

de verano, que un destacamento enemigo estaba construyendo balsas en el arenoso embarcadero; también pudo oír distintamente el sordo murmullo que de modo invariable denota la proximidad de un gran cuerpo de soldados; y el ocasional rozrido de las mulas semejante al melancólico rebuzno del asno, mezclado con el relincho más alegre del caballo y con los diversos y confusos ruidos que produce el desmontar de la artillería y la descarga de bagajes la cercionaron de que Morillo había escogido aquel desguarnecido y poco frecuentado paso para atravesar el río.

Silvestre Gómez, y Felipe, su hijo mayor, estaban a la sazón ausentes del hato, pues algunos meses antes se habían incorporado a la célebre Guardia de Honor de Páez; el hijo segundo, muchacho de doce años de edad, que había quedado en Merecure para cuidar a su madre, cogió y ensilló a prisa los pocos caballos que acertaron a estar pacienco cerca de la casa, y montando en uno de ellos, corrió a todo correr hacia el campamento patriota de Caujaral para llevarle a Páez la noticia de la feliz maniobra de Morillo; la madre y el resto de la familia huyeron hacia el hato de su pariente Juan Gamarra, sin tiempo para poner a salvo la más mínima cosa de su propiedad, excepto unos pocos ponchos o capas para hombre, con que se arropaban las mujeres y los niños, y ese tesoro del llanero que es la guitarra familiar.

La aparición de los fugitivos en el hato de los Gamarra con tan extravagante atavío y a hora tan inesperada, produjo verdadero espanto en sus primos, porque Paulita Gómez y sus hijos jamás fueron vistos por ellos, sino muy raras veces, si es que había sucedido así, excepto en las visitas, con sus mejores trajes y entre los regocijos de festivas reuniones, mientras ahora se les presentaban muertos de cansancio y demudados por el peligro reciente. El completo desorden de sus cabellos, respecto a lo cual las llaneras son habitualmente muy escrupulosas y el descuido general de sus personas causaban sorpresa entre todos e incontenible risa entre los chicos de ambas familias, que consideraban con alegría el proyecto de emigración sin ver en todo ella sino algo semejante a una regocijada comparsa de Carnestolendas.

Al frente de la cabalgata venía Juanita Gómez, joven y vivaracha llanera que en vez de traje de amazona, traía puesta una cobija de su hermano mayor, atavío del todo indispensable porque montaba a horcajadas (en una silla de hombre) con la abuela de la familia a las ancas. Sin duda la anciana se preocupaba más con la idea de aquella visita mañanera tan intempestiva en que la veían sin sus adornos

habituales que por la pérdida de las propiedades de hacienda y de casa que acababan de padecer, pues se hallaba en ese estado de segunda niñez respecto al cual es difícil decidir si los ancianos merecen más bien que se les tenga lástima por su chochez, o envidia por la aparente y absoluta indiferencia con que sortean toda pena, por nueva y sorprendente que pueda ser para los demás.

Seguía la madre en su caballo de silla favorito, con un niño dormido en el regazo; y de una vieja yegua en cuyos anchos lomos ataron de prisa algunas mantas, en lugar de silla, conducía tres bribonzuelos de tez bronceada, como la de los indios, por su constante exposición al sol y al viento de la sabana. La ingenua alegría de estos últimos formaba hondo contraste con la grave actitud de la abuela y la viva ansiedad de la nuera.

Mercedes Gamarra, mujer de mediana edad, y sus tres hijas mayores recibieron a sus primas a las puertas del patio de la casa, con muchos abrazos e impacientes preguntas sobre lo que les había sucedido. Paulita Gómez le dijo en pocas palabras que habían huído al ver que los realistas hacían preparativos para pasar el Arauca, agregando que menos de un hora después de salir del paso del Merecure vió las llamas que se elevaban del ható y que antes de apuntar el día tres fogatas en la proximidad del río la convencieron de que la obra de destrucción había comenzado ya.

Ambas familias convinieron en que era de absoluta necesidad alejarse rápidamente del teatro de la guerra, pero determinaron esperar hasta el otro día, seguras de que sus maridos o sus hijos llegarían pronto para ayudarlas en la fuga.

N. del T.—Las palabras y frases españolas en bastardilla aparecen así en el original inglés.

CAPÍTULO II

EL RIO. — EL PIQUETE AVANZADO

La mañana surge suave y radiosa de su velo gris, y la siesta verá un día sofocante. Cabalgad, espolead, batid la llanura para que el fugitivo huya en vano.

Sitio de Corinto.

El paso de Merecure por donde el ejército español estaba penetrando en las sabanas no ofrecía a los ojos de un observador superficial nada más que un cuadro de bullicio y desorden; sin embargo, el esguazo del río era dirigido por el veterano general Morillo, con ayuda de sus compañeros La Torre, Morales y Calzada, y con precisión y regularidad militares. Ellos atendían en persona y en diversos puntos el embarco, desembarco y subsecuente formación de las tropas, operacin esta última que por ser de suma importancia dirigía el propio Morillo, porque se esperaba por instantes un ataque de Páez y sus llaneros.

Los realistas no habían podido procurarse bote alguno ni era posible traer pontones desde el Cuartel General de Caracas, a través de las angostas gargantas de Villa de Cura y por los quebrados caminos montañosos que conducen de Parapara a la región de los Llanos. En un desembarcadero fronterizo a la casa del ható y como a un tiro de fusil más arriba del paso se ocupaba activamente en construir balsas un destacamento de *batidores* o exploradores, cuyas severas facciones gallegas acentuaban su ferocidad con los largos mostachos y amplias barbas que usa siempre esta clase

de soldados españoles (1). Grandes troncos de madera arrastrados por las aguas y que las periódicas inundaciones habían echado a la orilla, donde los secaran los ardientes rayos de un sol cenital, proveían a los trabajadores de abundantes materiales, con sólo despojarlos de las ramas superfluas y reducirlos al tamaño requerido. Sobre los maderos atábanse de través gruesas varas de bambú, asegurándolas con correas de cuero crudo, procedentes de la piel de los novillos matados para alimentación del ejército. Por este medio se fabricaron balsas bastante seguras, propia cada una para conducir de veinte a treinta hombres, sentados en filas sobre sus morrales, que ellos se desceñían en previsión de cualquier contratiempo producido por 'la rapidez de la corriente.

Mediante una pequeña canoa traída con mulas y por tierra desde el río Apure, las balsas fueron lentamente remolcadas, dos a dos, hacia el desembarcadero; y una vez allí, como era imposible hacerlas regresar contra la corriente, se las desarmaba con el objeto de aprovechar las correas, enviadas a la otra orilla en la canoa, mientras los leños seguían el curso de las aguas. Por intervalos se juntaba en el paso alguna manada de caballos y mulas y lanzándose al río unos cuantos buenos nadadores, cada uno rigiendo una bestia, el resto de los animales se veía forzado a seguirlos por los gritos y golpes de los soldados; entonces cruzaban rápidamente a nado, custodiados por la canoa que, conservándose a sotavento de ellos, impedía que se fuesen corriente abajo y los guiaban al desembarcadero, donde salían a la orilla.

"with, splash, with scramble, and with bound".

Las tropas, después de desembarcar, marcharon a través de la ceja de monte que costea el Arauca, hasta la orilla de la sabana abierta. Allí los brillantes rimeros de armas dispuestos en hileras regulares y las numerosas y suaves columnas de humo que ascendían por entre los árboles, indicaban dónde había vivaqueado la vanguardia y se preparaba el rancho matutino.

A eso de una milla adelante había un palmar donde pacían cuarenta o cincuenta caballos ensillados. Dos hileras de lanzas clavadas en tierra con banderolas azules y rojas, flotantes

(1) Los llaneros de Páez capturaron algunos de estos exploradores españoles en el paso de Nutrias, cerca de Mantecal, en el invierno de 1817 y contra su acostumbrada práctica les perdonaron la vida; Páez les preguntó a sus hombres por qué habían cesado en la guerra a muerte, a lo cual contestaron que su conciencia no les permitía matar frailes capuchinos.

al viento de la mañana, marcaban el campamento de un piquete vanzado de caballería española, mientras algunas fogatas en torno de las cuales se agrupaban los soldados, hacían ver que también ellos se daban prisa en despachar su rancho, antes que ocurriese el grave conflicto en perspectiva. A poca distancia de los soldados, pero a la sombra de los mismos árboles, estaban sentados dos oficiales con uniforme de capitán el uno y de teniente de lanceros el otro, los cuales distraían el tedio de la inacción fumando sus cigarros y conversando.

El mayor de ellos, un español alto y pelirrojo, como de veinticinco años de edad, mandaba la avanzada; era hijo del general La Torre y compartía ampliamente el odio y desprecio de su padre por los nativos de Sur América. Educado desde los años de la niñez en guarniciones y campamentos, inicióse desde temprana edad en esas escenas de disipación y licencia que dan fama a los ejércitos de la España moderna. Aunque de carácter generoso y distante de poseer una condición sanguinaria (para lo cual a lo menos la juventud no puede ofrecer ni asomos de disculpa), consideraba la rebelión de las colonias como un acto tan odioso por su propia naturaleza que justificaría casi todo género de castigo que pudiese infligirles a los criollos rebeldes. Sin embargo, esta opinión que él aprovechaba toda oportunidad para repetir con exagerada vehemencia, era teórica en gran parte, pues nunca se supo que se hiciese realmente culpable de esos extremos de rigor militar porque abogaba en abstracto, sino que por lo contrario se había expuesto en más de una ocasión a las reprimendas de sus superiores, a causa de su desautorizada lenidad atribuída a negligencia culpable, por haber tolerado alguna vez la fuga de infelices prisioneros de guerra a quienes bien sabía él que no se les daría cuartel caso de entregarlos a Morillo, a Morales o a su propio padre.

Su compañero de piquete, algunos años más joven que él, tenía un color más moreno que de ordinario, aun para un español. Esta circunstancia, junto con sus ojos negros y penetrantes, sombreados por largas pestañas sedeadas, rasgo notable entre los indios, dábale más bien apariencia de llanero que de europeo, punto sobre el cual no dejaba lugar a duda la conversación de ambos jóvenes.

“¡Estos son, pues, tus famosos llanos nativos, Castro!”, dijo el mayor; “tu tema constante desde que nos vimos por primera vez en Madrid. ¡Por Nuestra Señora de Zaragoza! Muy poco de pintoresco alcanzo a descubrir en ellos; dadme más bien una Alameda, aunque sea el más triste de todos

los paseos de Caracas, con preferencia a estos desiertos que evidentemente no tienen fin sino en los pantanos ni habitantes de ninguna clase fuera de venados y novillos salvajes. No hemos visto ni una casa desde que penetramos en las sabanas, salvo las pocas que los exploradores quemaron esta mañana, sin duda contrariados al ver que no había allí nadie para recibirlos. Confieso que no llego a comprender cómo espera Morillo encontrar aquí un enemigo que merezca todo este aparato y marchas forzadas. Dime seriamente, camarada, ¿insistes en sostener que ese Páez, el famoso *toreador* de que tanto hablan, se atreva a abandonar el refugio de sus lodazales para enfrentarse a las tropas de Fernando?"

"Han transcurrido algunos años desde que lo vi por última vez, don Pedro", contestó el teniente; "cuando salí de Caracas en 1814, aun no se había incorporado a los insurgentes, pero por lo que sabía de él primero y por la fama que le granjean en esta región su valor y arrojo, no tengo la menor duda de que lo veremos tan pronto como sepa que hemos cruzado el Arauca. Temo que Morillo confíe demasiado cuando espera marchar por los Llanos sin interrupción y regresar a Caracas dentro de un mes con la cabeza de Páez, como lo prometió a las tropas en su proclama de despedida."

"Todo eso son preocupaciones tuyas, Castro", replicó La Torre, "y por cierto muy naturales, porque yo sospecho íntimamente que tu corazón está más que inclinado a desearnos mala suerte desde que pisamos las sabanas; temo que un día quebrante tu fidelidad esa primita rebelde, la casa de cuyo padre trataste de salvar esta mañana de su muy merecida suerte. Estaba muy bien que te cruzaras *billetes de amor* con la bella Juanita mientras los llanos se hallaban tranquilos y nosotros pacíficamente de guarnición en Caracas, pero cuidado con una indiscreción semejante ahora que estamos en el campamento y en la vecindad de tus parientes. ¡Caramba! Morillo tiene poca simpatía por los enamorados y si llega a saber por sus espías, que como tú sabes los tiene en cada regimiento del ejército, o a sospechar siquiera que llevas alguna correspondencia secreta con los *chucutos* (2), varón

(2) Chucuto (chocuto en el original inglés) es un término despectivo con que los españoles y en general todos los realistas acostumbraban designar a los insurgentes o patriotas. La palabra significa literalmente desrabortado y por lo común se aplica en este sentido a los caballos; pero se le empleó en alusión a que la parte de los criollos que componían los primeros cuerpos irregulares independientes se cortaban el pelo al rape. Es una coincidencia notable que los realistas de la época de Cronwell aplicaran el calificativo de "cabezas redondas" a sus adversarios y más tarde aún, el sobrenombre de motilonos (*croppies*) tuvo origen en una moda semejante.

o hembra, cuyo solo nombre abomina, eres un llanero perdido!"

"Si yo no estuviera convencido de tu pundonor, La Torre, me inclinaría a sospechar que había hecho una mala elección al tomarte por confidente; pero nada temas respecto a mi lealtad, bien que debo confesarte que si no fuera por la esperanza de ver de nuevo a Juanita Gómez, me habría gustado mucho que nuestro cuerpo hubiera sido enviado a México, al Perú o a cualquiera otra parte y no estar en servicio efectivo contra mis parientes y antiguos amigos; pero ya que así ha sucedido confía en que me hallarás en todo tiempo tan fiel al grito de guerra de "*Santiago, y cierra, España!*" como si hubiera nacido en Madrid."

"Estoy lejos de discutir eso, camarada, y créeme que has tenido fortuna en contarme a mí por confidente y amigo, en nuestras actuales circunstancias. Mi padre —¡*Dios lo guarde!*—, me ha prometido procurarme el honor, como dice él (aunque me permito diferir de su parecer tanto en este punto como en algunos otros más) de mandar un piquete avanzado o partida de reconocimiento, tan pronto como pueda hacerlo convenientemente, sin exponerse a que lo tachen de parcialidad. Como no dejarán de presentármeme frecuentes oportunidades de hacer prisioneros, te daré como mensajero para la bella Juanita a cada uno de los que yo pueda ingeniarme en salvar, aunque procediendo así incurra en la desaprobación del alto y poderoso Morillo. Por ahora, como es claro, que no hay esperanzas de marchar hoy, según se por la fastidiosa manera como se está practicando el paso del ejército, resuélvete a matar el tiempo explicándome la causa de que siendo tú un llanero de nacimiento estés en armas por el Rey; tú eres, si no me engaño, el único nativo de Barinas que hay en nuestro ejército, aunque tenemos muchos realistas decididos de los valles de Bogotá y Popayán."

"Con gusto, don Pedro, y lo más pronto posible, porque tal vez así logre una tregua a tus burlas."

CAPÍTULO III

NARRACION DEL CRIOLLO REALISTA

Todo se lo conté, aun desde los días de mi infancia hasta el propio instante en que me rogó que se lo refiriera: narrele los sucesos más infaustos con ello toda la historia de mis viajes. — *Otelo.*

Mi padre, don Toribio Castro, fué gobernador de San Fernando de Apure, la ciudad que Páez redujo a cenizas la semana pasada con el único propósito de privar a nuestro ejército de un centro para hospitales y almacenes. Nació en la ciudad de Ubeda, en Andalucía, pero por muchos años estuvo residenciado en Barinas, donde casó con una hermana de Silvestre Gómez, uno de los principales criadores de estas mismas sabanas. Mi madre murió mientras yo era todavía niño y fuí criado y levantado en el hato de Merecure, el cual consideré siempre como mi propia casa. Como San Fernando era el más triste de todos los lugares posibles, salvo tal vez por Carnestolendas o en las fiestas del santo patrón, épocas en que solían visitarlo los criadores y sus familias, procedentes de las próximas aldeas de Apurito y San Juan de Payara, nunca me sentí más dichoso que cuando estaba con mis primos en el hato. A pesar de tus ideas, La Torre, tengo el convencimiento de que te gustarían las francas y hospitalarias costumbres de los llaneros; y por lo que dice a entretenimientos, toda su vida se parece a la de los cazadores, que yo sé te deleita tanto a ti como a mí.

“Así como iba desarrollándome adiestrábame en todos los ejercicios del país, tales como domar un potro cerril, hazaña suprema del llanero, y práctica utilísima. En verano apenas

transcurría una semana sin una lidia de toros o una cacería de tigres. El primero de estos ejercicios no es un espectáculo inofensivo y desanimado como se ve en los *coliseos* españoles, porque al bicho se le deja libre en plena sabana, donde tiene bastante campo para aprovechar su ímpetu y ligereza, aspecto bajo el cual los de Barinas superan con frecuencia a un caballo.

"En la estación lluviosa, cuando los Llanos permanecen por lo regular anegados durante tres meses, todas las casas, construidas sobre pequeñas eminencias, se ven aisladas por completo mientras dura la inundación, aunque el invierno esté lejos de mostrarse en todo su rigor. Entonces, las crecientes expulsan poco a poco de los bajíos los rebaños de reses bravías, los cuales tienen que acogerse a los únicos parajes secos que pueden hallarse, y en consecuencia no nos veíamos en el caso de ir tan lejos a caballo y todos los días para traer un novillo destinado al consumo de la familia. Además nunca nos faltaba que hacer, fabricando o reparando nuestras sillas, tejiendo *cabestros* de cerda y torciendo esas preciosas riendas de cuero de cerda tan solicitadas en las comarcas montañosas. Nuestras noches transcurrían alegremente en la extensa sala del ható con los bailes del jaís, tales como *El Bambuco* y *La Zambullidora*, muy superiores a las rígidas *contradanzas* y afectados *boteros* de Europa; las llaneras son célebres por su destreza en tocar la guitarra y el arpa y por su canto de los aires nacionales.

"Cuando casi había cumplido los diecisiete años mi padre envió por mí inesperadamente para que la acompañara a Caracas. La rebelión que desde entonces asumiera tan formidable aspecto, apenas había sido detenida en su desarrollo, pero no sofocada, por las severas y enérgicas medidas de Monteverde. Un cuerpo considerable de tropas, formado en Nueva Granada por el infatigable insurgente Simón Bolívar, logró obtener algunas ventajas sobre las fuerzas del Rey en las provincias de Cumaná y Barcelona (1) y por haber ocurrido algunos desórdenes en las cercanías de San Fernando, Monteverde creyó oportuno citar a don Toribio, como gobernador de aquella plaza, para que compareciera personalmente ante la Audiencia, a fin de contestar a ciertos interrogatorios sobre el asunto. Aunque yo había ansiado mucho tiempo visitar la capital de Venezuela vi entonces con sorpresa que la ocasión tan deseada a menudo, mientras no

(1) El autor suele incurrir en esta clase de errores histórico-geográficos, como lo explicaremos en otros capítulos.—N. del T.



existieron probabilidades de lograrla, estaba hora lejos de producirme el contento que yo me prometiera de antemano.

"Adivino por tu sonrisa irónica que esperas oír el relato de una escena de despedida pero te conozco demasiado bien para aventurar nada semejante a una descripción sentimental. Baste decir que entonces me di cuenta por primera vez de que la predilección que sentía por mi prima Juanita era más ardiente que el afecto fraternal que yo imaginaba. A no haber sido por esta separación inesperada, probablemente podríamos haber continuado bailando juntos todas las noches y viviendo en toda la intimidad de tan estrecho trato, sin concebir un pensamiento que excediera los límites de la amistad; sin embargo, pronto olvidé mis pesares ante la escena de encantamiento, tan nueva para mí, que ofrece la primera vista de una gran ciudad. El bullicio y magnificencia de Caracas, que me sorprende aun después de haber visitado a Europa, asombróme y arrebatóme tanto a mí como de modo evidente disgustaba y contrariaba a mi padre, cuyo adusto y melancólico temperamento se había agravado con la pérdida de mi madre, a quien amaba con ternura; habíase tornado huraño, casi misántropo a causa de los hábitos de soledad y aislamiento adquiridos en su remoto gobierno de provincia.

"Al llegar a Caracas fuimos a casa del corresponsal y paisano de mi padre don Gaspar Herrera, en la *Calle de los Capuchinos*. Era un comerciante rico que por largo tiempo había actuado como agente en la negociación de mulas, cueros y otros productos semejantes de los Llanos que mi padre y sus relaciones de Barinas acostumbraban remitir a la capital para venderlos. Don Gaspar adunaba en sus costumbres la pompa y altivez de un hidalgo español con la vanidad y los humos de importancia, fundados en la posesión de la riqueza, propios de un comerciante de Caracas. Aunque sinceramente ligado a mi padre por los vínculos de un antiguo conocimiento y amistad, apenas podía ocultar su desdén por la vida apartada de un gobernador de provincia de tal modo que su sentimiento de superioridad no llegaba a desvanecerse del todo ni por el respeto que merecía don Toribio ni por su origen europeo, distinción no pequeña, como tú bien sabes, en las ciudades coloniales.

"Me hizo el honor de interesarse mucho por mí, lo cual debía lisonjearme, a su modo de ver; pues halagábale sin duda la instintiva admiración que profesaba yo a su gran conocimiento del mundo. Al propio tiempo valiase de todas las oportunidades para echarme en cara mi rústica educación, por medio de constantes alusiones a mi *mauvaise honte*, de-

fecto que por de contado revelaría yo, algo a las claras, en la alegre sociedad en que ahora figuraba por primera vez. Cuando en conversación con mi padre, hacía tema frecuente de lamentaciones el que yo estuviera, como él decía, enterrado vivo en los Llanos, y era tanta su insistencia sobre la necesidad de que conociese la vida y viera algo del mundo que don Toribio no podía dejar de admitir, aunque de mala gana, que sería una injusticia privarme de toda probabilidad de hacer figura confinándome, a mis años, al solo trato de los *llaneros*.

"Mi padre, al comparecer ante la Audiencia, dió cuenta satisfactoria de su gobierno. El capitán general lo despidió con muchos elogios y con el encarecimiento de que no perdiese tiempo en su regreso a San Fernando, porque su presencia se consideraba allí de mucha importancia para el mantenimiento del orden, a causa del mal estado de los asuntos públicos. Don Gaspar reiteró entonces sus consejos e instancias ofreciendo colocarme en su casa de comercio y dirigir personalmente mi educación mercantil; finalmente arrancó a don Toribio su involuntario consentimiento para que me dejase en Caracas.

"Mi padre despidióse de mí con manifestaciones de cariño que no eran usuales en él, pues sus hábitos reservados me habían hecho dudar a menudo si en realidad me quería o no. Me recomendó mucho al cuidado de don Gaspar, expresando el deseo de que me guiase en todo por sus consejos, pues tenía confianza absoluta en su prudencia y discreción. Poco después salió para San Fernando, ordenándome que le escribiera por todas las oportunidades; desgraciadamente encontrábase tan gastado de cuerpo y espíritu que contrajo una fiebre en Ortiz y apenas pudo llegar a Calabozo, rumbo a los Llanos, cuando murió. Empleó sus últimos momentos en dictar una carta para mí, en la cual designaba a don Gaspar como tutor mío, y me daba las instrucciones conducentes al reclamo de cierta propiedad que le pertenecía a inmediaciones de la ciudad de Córdoba.

"Mi pesar por su muerte, aunque intenso al principio, fué necesariamente transitorio, pues en toda mi vida, sólo raras veces y a largos intervalos estuve en compañía suya, antes de nuestro viaje juntos de San Fernando a Caracas, y aun debo confesar que la reserva, por no decir severidad, de sus costumbres, mantuviéronme siempre ansioso de huir de su lado para irme a casa de mis primos de Merecure. La rutina constante de los negocios mercantiles que ahora absorbía mi atención durante el día y la alegría y francachela que por todas par-



tes reinaban en Caracas por la noche y en las cuales me inicié pronto, desvanecieron en breve toda huella de hondas pesadumbres en mi espíritu. Don Gaspar, que bondadosamente trataba de disipar la tristeza que suponía embargarme, presentóme a varios jóvenes caraqueños de mi misma edad, quienes pronto lograron quitarme la *mauvaise honte* que tanto le había preocupado a mi llegada de los Llanos.

“La mayor parte de los oficiales españoles de guarnición en Caracas, asistían con frecuencia a las comidas y *tertulias* que tenía orgullo en ofrecer mi tutor. Su conversación versaba generalmente sobre el esplendor y placeres de Madrid, Sevilla y otras ciudades famosas de España, haciendo como he puesto en claro desde entonces, exageradísimas pinturas de la riqueza y felicidad que se disfrutaban allí. Todo páralelo que acertaban a establecer entre Sur América y Europa, se decidía por unanimidad en favor de la segunda, opinión siempre compartida por don Gaspar, de modo que poco a poco me fuí acostumbrando a ver con desprecio la tierra de mi nacimiento y a acirriciar como un sueño, el constante deseo de trasladarme a España. Entre los jóvenes de Caracas se consideraba entonces de buen gusto el imitar en cuanto fuese posible los modales y la pronunciación españoles y afectar desdén por todo lo colonial.

“Comencé por entonces a importunar a mi tutor para que me permitiera hacer un corto paseo por España; ansiaba visitar a Ubeda, ciudad natal de mi padre, cerca de la cual tenía él un tío, vivo aún, pero de quien no había vuelto a recibir noticias, a causa de que lo ofendió mortalmente su casamiento con una criolla. Tú bien sabes con cuanto horror se ve hoy mismo esta clase de uniones en la mayor parte de España, circunstancia que no causa asombro, puesto que el *Consejo de Indias* en informe solemne hecho no ha muchos años a la Regencia de Cádiz, respecto a los naturales de estas colonias, no tuvo escrúpulos en calificarlos como una horda de *salvajes y brutos*, indignos del privilegio del bautismo y muy poco superiores al orangután, si es que lo superan, en cualidades intelectuales y personales.

“Mi deseo estaba lejos de disgustar a don Gaspar, porque orgulloso como se sentía de su patria, halagábasele con toda predilección que se la mostrara; sin embargo, vaciló algún tiempo a causa de mi juventud e inexperiencia, aunque al fin mis reiteradas instancias le persuadieron a prometerme que si podía obtener permiso del Capitán Gneral de Caracas, me embarcaría para España en el transcurso de un mes, a bordo de uno de los galeones de registro, bajo la vigilancia de un so-

brecargo confidencial a quien había encomendado un valioso cargamento de frutos que estaba a punto de expedir para Cádiz. En consecuencia se hicieron gestiones a favor mío ante el general Monteverde y dadas por mi tutor las garantías habituales, mi nombre fué inscrito en la lista de criollos a quienes se concedía permiso para visitar a Europa.

“De buen grado hubiera ido yo hasta los Llanos con el objeto de despedirme de mis primos en el tiempo que faltaba para la salida del galeón, pero don Gaspar ni siquiera quiso que le hablase de ello, alegando el temor de que yo volviese a caer en la antigua rusticidad que con tanto trabajo me había corregido; por mi parte temí importunarlo demasiado con mi insistencia, no fuese a disgustarse hasta el extremo de negarme el permiso que tan difícil me había sido obtener para el viaje a Europa; no obstante, escribí a mi tío Silvestre por un correo que llevaba pliegos para el nuevo gobernador de San Fernando, y recibí respuesta la propia víspera de la salida del galeón. La carta de mis primos abundaba en deseos cariñosos por mi feliz arribo a España y pronto regreso, recomendándome que nunca olvidase la tierra de mi madre que era también mi tierra natal; además me reprochaban afectuosamente por haberme dejado inducir de algún extraño a marcharme de Sur América sin hacer una visita de despedida a Merecure.

“Cuando hube recibido el indispensable pasaporte, don Gaspar me acompañó la misma tarde al puerto de La Guaira, donde el barco estaba listo para darse a la mar y me encomendó al cuidado de su sobrecargo con tanta indiferencia como si yo hubiese sido uno de sus *zurrones* de cacao, procedentes de Aragua. Casi todas las descripciones de viajes consisten meramente en comentarios acerca de los habituales cambios de tiempo experimentados al cruzar el océano, por lo cual te ahorraré el recuento del mío. Supónme, pues, desembarcado en Cádiz y procurando inútilmente descubrir la superioridad en esplendor y hasta en comodidad de los edificios españoles sobre los de Caracas, como se me había acostumbrado a esperar.

“*¡Santa María!!*, amigo Castro, interrumpió La Torre, este exordio tuyo huele mucho a regionalismo; no me sorprendería oírte gritar *¡Viva la Patria!* uno de estos días. ¿Te atreves a comparar seriamente a Caracas con Cádiz?

“No sólo a compararlas, compañero, sino a preferir decididamente la primera. Piensa por un momento en pasar un día de bochorno, como parece que será éste, en las angostas y asquerosas calles de Cádiz, en que altas hileras de casas a uno y otro lado impiden la circulación de toda ráfaga de aire y luego recuerda los espaciosos patios sombreados por naran-

jos y limoneros y los corredores refrescados por las fuentes, que poseemos en Caracas, y confesarás que tengo razón.

“Como mi permanencia en España estaba limitada a tres meses, al cabo de los cuales el sobrecargo de don Gaspar debía regresar a Caracas, no perdí tiempo, al llegar a Cádiz, en salir para Córdoba. Después de hacer algunas preguntas me encaminaron a Bellavista, propiedad del tío de mi padre, don Sebastián Castro de Baeza, situada a orillas del Guadalquivir, entre Córdoba y Andujar. Había tenido bastante espacio para reflexionar en lo difícil de mi situación, pues debía anunciar a un tiempo la muerte de mi padre y mi propio parentesco con una persona de quien no sabía nada, excepto la circunstancia de su inveterada antipatía contra todos los compatriotas de mi madre.

“Al llegar a la casa fuí introducido en un espacioso salón por varios servidores vestidos con ricas y arcaicas libreas. Uno de ellos a quien dije ser portador de una carta del extranjero para su amo, participóselo al mayordomo, hombre de aspecto venerable, que cogió la carta de presentación, procedente de don Gaspar Herrera, y me condujo a una sala de recibo donde me rogó esperase hasta que él pudiera ser admitido a la presencia de don Sebastián, quien, según me dijo, estaba con su confesor. Allí me dejaron solo como por una hora, la más larga que recuerdo haber pasado antes o después y durante la cual no se oyó ni un rumor en la vieja mansión ni en sus alrededores. Trajéronme refrigerios pero no sentí el menor deseo de probarlos, porque estaba enteramente anodado con las cermonias y formalidades que parecían predominar en la casa y más de una vez deseé verme en el hato de Merecure. Por un momento llegué hasta sentirme tentado de abandonar la mansión y a regresar a Cádiz sin verme con aquel tío a quien no me era posible imaginar sino como un carácter altanero y repulsivo.

“El mayordomo regresó al fin para llevarme a la presencia de su señor, me condujo a través del salón por donde yo había pasado ya, y subimos una ancha escalera que daba a un corredor, a cuyo fondo encontrábase el departamento de don Sebastián. Cuando entré, mi tío se hallaba engolfado en una grave conversación con su confesor, un fraile dominico en cuyas manos se veía la carta que yo acababa de traer. Fuí recibido cortésmente, pero como yo lo había pensado, con sequedad, por don Sebastián, que estaba impedido de levantarse por un ataque de reumatismo; sin embargo, me abrazó y me besó en ambas mejillas, haciendo observar al Padre mi notable aire de familia.

“Mi tío, ya próximo a los ochenta, tenía, sin embargo, una apuesta figura militar, pues, como lo supe más tarde, sirvió por muchos años en los reales carabineros de la Guardia. Aunque retirado del servicio, hacía ya mucho tiempo, a causa de su edad avanzada y de enfermedades eventuales, parecía conservar toda su juvenil energía de carácter y continuaba apegado a todas esas nimias peculiaridades de vestido y costumbres que por lo general prosiguen singularizando a los que han portado armas durante cualquier lapso de tiempo. En vez del cávido gorro de noche que usa la mayor parte de los inválidos, muy especialmente en esa época de su vida, llevaba una gorra de cuartel ricamente guarnecida, que al parecer había visto el servicio; y en cuanto a bata, hallábase envuelto en una amplia *esclavina* de caballería, de paño azul, y con cuello y forros escarlatas. Seguía usando unos largos bigotes en que fundaba grande orgullo, aunque ya se le habaín raleado horriblemente y encanecido por la edad; acostumbaba torcérselos al estilo de sus verdes años, cuando se sentía muy excitado por cualquier incidente que lo irritara. Después de hacerme algunas preguntas insignificantes, en que parecía eludir a propósito toda alusión a mis padres, observó que una alcoba de enfermo no podía ser sino un triste espectáculo para un joven y en consecuencia rogó al capellán que me entretuviese hasta la hora de comer, en que se runiría con nosotros en la mesa.

“Sentí profundo alivio al ver que podía retirarme y seguí al Padre, que me fué presentado con el nombre de Fray Ignacio, y el cual me condujo a una biblioteca, bien provista de libros, que según observé consistían principalmetne en tratados religiosos y militares; una gran ventana de arco permitía abarcar desde allí extensa vista de la propiedad y del ancho y rápido Guadalquivir. Me sorprendieron agradablemente los modales y la conversación de este fraile que no obstante llevar el hábito blanco de los dominicos no revelaba ni vestigios de la morosidad y desmaña que suelen adquirirse en la reclusión del monasterio. Era hombre entrado en años y de flaca textura, pero conservaba la alegría y la actividad de una edad mucho más juvenil. Informóme que por largos años había sido capellán del regimiento de don Sebastián y que el anciano coronel le cobró tanto afecto que al resignar el mando lo indujo a apartarse también del servicio para acompañarlo en su retiro, si es que puede llamarse así una casa llena de visitantes cuando su dueño gozaba de una tregua temporal en sus dolores reumáticos.

“Por la conversación del capellán supe que don Sebastián tenía una hija, doña Isidora, a quien amaba con exceso, aunque

se veían raras veces fuera de las horas de comida, y cuando su padre lograba persuadirla a dar un paseo en el viejo coche doméstico, tirado por seis mulas, el mayor número que se permite enjaezar a cualquier súbdito, así sea Grande de España. Ella vivía en una serie de departamentos tan distantes, como era posible del tráfago y bullicio de la gente y aunque no en absoluto una reclusa esquivaba la sociedad tanto como se lo permitía el apego de su padre, entreteniéndose en privado con libros y música, arte éste último en que sobresalía.

"Fray Ignacio me confió también un secreto que explicaba muy bien el amargo resentimiento que don Sebastián había concebido por el matrimonio de mi padre y que de haberlo sabido antes me habría hecho abstener sin duda alguna, de visitar esos mis únicos parientes españoles, porque hubiera tenido razones para creer que mi presencia les despertaría ingratos recuerdos. Doña Isidora había estado muy aficionada a mi padre, quien segnú parece, ignoró del todo la magnitud de su afecto; sin embargo, ella sintió tanto la súbita resolución de hacer un viaje a Caracas, tomada por él, que fué presa de violenta fiebre. Durante su enfermedad, ya desahuciada por los médicos, confesó su pena a don Sebastián en presencia del capellán y por consejos de éste, obteniendo primero de su padre la promesa solemne de que no revelaría el secreto al objeto inconsciente de sus amores. Aunque cumplió estrictamente las órdenes de doña Isidora en este punto, don Sebastián escribió reiteradas veces a mi padre, urgiéndole con ahinco para que regresase y manifestándole el propósito de heredero suyo; por algún accidente desgraciado don Toribio no recibió las cartas, hasta que estuvo unido de modo irrevocable con mi madre; la noticia de su matrimonio rompió toda comunicación entre él y su tío, quien en la última carta que le escribiera le reprochó ásperamente el no haberle consultado de antemano, y renunció a toda futura correspondencia con él en una forma que aparecía a los ojos de mi padre como resultante de preocupaciones injustificables y de vanos caprichos, porque jamás tuvo ocasión de conocer el verdadero motivo que impulsaba a don Sebastián.

Expresé mi reconocimiento al capellán por este informe, que él me confiaba de modo deliberado con la buena intención de que yo no me sorprendiera ante cualquier impresión que pudiese revelar doña Isidora al verme por primera vez; aunque él pensaba que con toda probabilidad su padre la prepararía para mi presentación. Nuestra conversación se contrajo luego a este país, mostrándose Fray Ignacio muy interesado en los pormenores que le dí acerca de nuestras costumbres naciona-

les. Me hizo muchas preguntas respecto a los asuntos de Sur América y se manifestó sorprendido con mis relatos, porque aún entonces, como bien lo sabes, en España casi no se tenían noticias de sus colonias.

“Presentóse un criado que me condujo a un departamento que me había sido preparado, contiguo al del capellán, y poco después me llamaron al almuerzo, a lo cual acudí con mucha curiosidad de ver a la parienta cuya historia me produjo tan vivo interés. Sorprendiéndome encontrar en la *antesala* diez o doce invitados reunidos alrededor del fuego, pues por el silencio que había reinado en toda la casa no tenía idea de que hubiera ningún visitante. Don Sebastián estaba sentado en una poltrona, vestido con el uniforme de *Carabiniero*, que usaba como signo de gozar aún el privilegio de *fuero militar y uniforme*, y con una peluca bien empolvada y rizada, en vez de la montera que llevaba cuando le ví por primera vez en su cuarto. No tenía apariencia de inválido, salvo las mantas que envolvían sus pies; y me presentó jovialmente a sus amigos, los cuales al propio tiempo que me daban la bienvenida, parecían ver con gran curiosidad a un criollo de Sur América como si hubieran esperado encontrar algo de extraordinario en mis modales y lenguaje.

“Doña Isidora entró por fin, apoyada en el brazo de una señora mayor, su dueña o compañera, y pude observar que en el acto me buscó y me vió antes que su padre me presentase a ella. Era evidente que don Sebastián se sentía perplejo al presentarme y yo por lo menos creí que espiaba con avidez el semblante de su hija; sin embargo, ella pareció alterarse muy poco, ruborizándose apenas cuando me saludó con una bondad y efusión que contrastaban mucho con el desabrimiento de su padre y la formalidad de los huéspedes. No tengo para qué agregar que esto me aficionó a ella de modo irresistible y que por primera vez desde que entrara en la casa me sentí como si en efecto me encontrase en familia. Durante el almuerzo reiteradas veces observé sus ojos fijos en mí con cierto aire de melancólico interés que me habría sido difícil comprender a no hallarme preparado para ello por el relato del capellán. A no ser por sus corteses y delicadas atenciones, junto con las de Fray Ignacio, me hubiera sentido del todo desamparado cuando doña Isidora se retiró con su dueña. Como yo ignoraba en absoluto los temas de la política del día y para decir lo cierto, me interesaba tan poco en su discusión como podría suponerse que le ocurriera a cualquier joven de mi edad, no pude tomar participación alguna en la conversación que parecía de tan profundo interés para mi tío y sus invitados. No tenía

siquiera noticia de que su Majestad se hubiese trasladado de Valencia a Madrid ni de la disolución de las Cortes; ignoraba también el destierro del *Cardenal de Borbón* y la reciente desgracia del antes popular Argüelles. Para resumir mi deficiencia, nada sabía del *partido* a cuya cabeza figuraba el famoso Espoz y Mina, quien por aquella misma época, como tú recordarás, mantenía todo el vecindario de Pamplona en estado de alarma con sus guerrillas. Poco después del almuerzo, todos se retiraron a sus respectivos departamentos para gozar de la *siesta*, y no ví más a doña Isidora en el resto del día.

“Los demás comensales se reunieron de nuevo con el fin de tomar el café y fumar cigarrillos, y la velada transcurrió de un modo que al menos para mí fué en extremo enfadoso. Don Sebastián me preguntó si entendía el juego de *cháquete* y al confesarle mi completa ignorancia en la materia, pude advertir por una leve contracción de sus cejas que se sorprendía de ello y se avergonzaba de mí. ¡Dónde podía yo haber sido educado! Ignorar la política y el *cháquete* eran dos de las mayores deficiencias que en concepto del anciano coronel podía yo revelar.

“En seguida desafió a su habitual contendor, el capellán, para una prueba de destreza en aquel juego y pronto comenzó a menear los dados con afán, y exclamando: *¡Dos y as! ¡Cinco y seis!*, etc., mientras sus huéspedes se entregaban a jugar partidas de *primera* y de *briscán* cuyos misterios no había yo penetrado todavía. Por consiguiente, aproveché la primera ocasión para retriarme a descansar, a lo cual me sentía bastante inclinado, no tanto por fatiga del viaje —aunque a decir lo cierto, mi mula de alquiler era el trasunto del rocín pintado por Cervantes Saavedra en su descripción del combate entre el caballero de la Mancha y el vizcaíno—, como por el deseo de ahorrarme la más cansina de todas las ocupaciones, es decir, ver un juego de naipes del cual no se entienden ni la teoría ni la práctica”.

CAPÍTULO IV.

ALARMA. — LOS LANCEROS DE PAEZ. — CONFLAGRACION

No (valen) yelmos ni plumajes, pues preguntad a los déspotas si sus empingorotadas falanges pueden ostentar manos y corazones tan limpios como todos los nuestros. Queden las pompas para quienes las necesitan. Dadle al hombre por único adorno la libertad y lo veréis retando con orgullo a los más fastuosos esclavos que se arrastran adonde los conducen los monarcas.

Moore.

La relación de Castro fué interrumpida en aquel momento por la llegada de uno de los Edecanes del general Morillo, quien traía orden para que La Torre retirara su piquete y se reuniera en el acto con el cuerpo principal del ejército. El edecán informó al joven oficial que una partida exploradora, destacada al amanecer, había vuelto con la noticia de que Páez y sus llaneros avanzaban a todo galope desde el campamento de Caujaral, y que debía esperárseles como dentro de media hora en el paso de Merecure. En consecuencia, La Torre ordenó a sus hombres que ensillasen y montasen; y el edecán lo condujo a donde su regimiento estaba ya formado en columna cerrada, con los jinetes todavía a pie, pero al flanco de sus correspondientes caballos. Bien conocía Morillo por experiencia adquirida a mucha costa en las llanuras de Calabozo y El Sombrero, la incapacidad de su caballería para medirse con



los *llaneros*, y por consiguiente ordenó en esta circunstancia que los húsares y lanceros españoles se apostaran en algunos pequeños recodos formados por los claros abiertos en el ribete de selva, a orilla del Arauca. Frente a cada uno de ellos situáronse dos cañones de campaña: los artilleros manteníanse en sus puestos y con mechas encendidas y listas para hacer fuego. La infantería hallábase desplegada, formando una oscura línea al borde del bosque, donde comenzaba la llanura; y los pequeños destacamentos que de cuando en cuando venían de retaguardia para incorporarse a sus respectivos regimientos, indicaban que el esguazo proseguía aún con actividad. Edecanes y ayudantes, distinguibles por las blancas plumas de sus sombreros, corrían a *rienda suelta* por delante de la línea, con órdenes para los diversos cuerpos, como si la vida y la muerte dependieran de la celeridad de sus movimientos. Apenas podía oírse algún rumor; todos los ojos se volvían con ansiedad hacia el punto por donde se esperaba que apareciera el enemigo, cuyo avance fué pronto anunciado por nubes de polvo que se alzaban en el horizonte, aproximándose con rapidez al paso de *Merecure*; en breve hiciéronse visibles las brillantes puntas de las lanzas y así como se acercaron más los jinetes, las pequeñas y negras banderas de la famosísima Guardia de Honor, cortadas en forma de cola de golondrina, viéronse a las claras por sobre la alta yerba, que aun ocultaba la presencia de hombres y caballos. El fuego procedente de la casa del hato, quemada la noche anterior, habíase propagado a la yerba seca de las inmediaciones, la cual consumió en un espacio de varias millas cuadradas, frente a una parte del ejército español. Los *llaneros* avanzaron al galope dentro de este claro de sabana, gritando: "*¡Viva la Patria!*" "*¡Mueran los godos!*" Eran como quinientos, escogidos todos, la flor del ejército de Páez, y tanto confiaban en su jefe que, de permitirselos él, hubiéranse lanzado sin vacilación alguna sobre todo el ejército realista, flaqueando como estaba por la artillería y protegido por la posición que eligiera Morillo en el bosque contra cualquier ataque de caballería.

Páez detuvo su gente como a media milla del borde de la selva y se adelantó a caballo, seguido de tres o cuatro de sus atezados guerreros, jinetes en los briosos y apuestos caballos que se cogen indómitos en la sabana. Cada uno de estos oficiales llevaba también una lanza con una banderola negra, semejante a la de sus soldados y en que aparecían, toscamente bordados con algodón blanco, una calavera y unos huesos en aspa. El propio jefe montaba un corcel rucio pavón, con crines y cola flotantes, porque los *llaneros* no acostumbran desfigurar

sus caballos cortándoles las cerdas; su traje era análogo al de sus compañeros de armas y consistía simplemente en una camisa abierta de cuello y pechera y mangas muy anchas, hecha de pañuelos ingleses, con rayas rojas y transversales; y calzones sueltos de algodón blanco que le llegaban un poco más abajo de la rodilla. Tenía las pantorrillas al aire y los pies descalzos, pero llevaba unas espuelas de plata maciza con agudas rodajas, como de cuatro pulgadas de diámetro. Cubría su cabeza un sombrero de copa baja, tejido con hojas de palmera y provisto de una ancha cinta azul, atada bajo la barba, a guisa de barboquejo. Su lanza era liviana y muy manejable, y el fuste, de una caña negra, dura y elástica, que crece en varios lugares de las llanuras; conducíase la un muchacho como de doce años, montado en un caballo de gran corpulencia y brío; el chico servía siempre al jefe en calidad de asistente y era muy querido en el ejército, gracias a su impasibilidad suma ante el peligro y a su destreza en jinetear y nadar, prácticas ambas del todo indispensable a los que viven en las sabanas.

¡Páez, el terrible jefe llanero, no revelaba en su franca expresión huella alguna de la ferocidad que se le ha atribuído! El pelo corto y crespo, caíale sobre la alta frente, y usaba pequeños bigotes negros, pero no barba; únicamente sus ojos, también negros, daban indicios de aquellos arrebatos que solían impulsarle a actos de rigor excesivo, —para calificarlos del mejor modo posible—, aunque en su caso bien pudieran atenuarse alegando el derecho de represalia. Sus carrillos algo pálidos por lo regular, encendíanse ahora por causa del esfuerzo realizado y de la exaltación que le producía su enardecimiento ante un combate inminente con los enemigos de su país. Cabalgó paso entre paso reconociendo con calma las filas realistas, sentado a la mujeriega (usual posición suya en tales circunstancias), con una pierna cruzada sobre el arzón de la silla. Aunque Páez se hallaba con su estado mayor a unas cien yardas del bosque, la infantería española no le apuntó siquiera un fusil, pues una intensa curiosidad y acaso un sentimiento de respeto por su actitud tranquila y resuelta, fijaban la atención del enemigo en los movimientos de este hombre extraordinario.

Habiendo pasado al fin por frente a toda la línea enemiga, muy a semejanza de quien revista sus propias tropas, cogió su lanza de manos del chico que la conducía, y sentándose recto en la silla regresó a medio galope, agitando en alto el muy conocido y terrible símbolo de *Guerra a Muerte*, como un reto para que la caballería española saliera del bosque en que se

había refugiado y se le enfrentara en la sabana; mientras tanto su guardia, que lo observaba atentamente, prorrumpía en gritos entusiastas de “¡Viva Páez!” “Muera Morillo!”

Cuando se incorporó a sus lanceros, todos echaron pie a tierra y quitaron los frenos a sus caballos, como insulto adicional a la caballería española, pero sujetándolos por el *cabestro*, o cordel de cerda torcida usado entre ellos; los *llaneros* sacaron entonces sus cortas *churumbelas* de madera y su tabaco, encendieron fuego y comenzaron a fumar con tanta calma, como si estuviesen en su campamento; sin embargo Morillo no parecía resuelto a dejarlos permanecer tranquilos; dos livianas piezas de seis libras fueron traídas hasta el frente y en breve una bala silbó sobre los del grupo, que gozaban en sosiego de sus pipas. Los *llaneros*, que para aquel temprano período de la guerra no estaban en modo alguno acostumbrados a la artillería, sobresaltáronse y se prepararon a ponerse fuera del alcance de las piezas de campaña; pero antes de que pudiesen montar, otro disparo mató un caballo, casi llevándole el brazo a un lancero, mientras le ponía el freno al animal. Páez cogió rápidamente al herido, a quien colocó en su propia silla, montando luego en las ancas para regir el caballo y sostener al maltrecho camarada. Mientras se alejaban al galope, en su forma usual de retirarse a la desbandada, un tercer proyectil disparado tras ellos por elevación, apenas levantó el polvo entre los pies de los caballos, sin causar daño alguno. Las tropas españolas, que hasta entonces habían guardado profundo silencio, celebraron la precipitada fuga de Páez y su Guardia, con gritos de “¡Mueran los insurgentes!” “¡Abajo los chucutos!” suponiendo que habían abandonado el terreno por pánico y que al menos por aquel día no volvieron a molestarlos.

Sin embargo, nada tan lejos del propósito de Páez como dar punto de reposo al ejército realista, mientras tuviese medios de hostilizarlo, sin comprometer seriamente sus propias huestes, pues aunque la seguridad personal de sus soldados entraba tan poco en sus cálculos, como la suya propia, las circunstancias especiales del país y las instrucciones expresas de Bolívar, robustecidas por instancias a las cuales solía condescender muy poca veces, inducíanlo a proceder con cierta apariencia de cautela por primera vez en su vida y en mucho contra su propia inclinación. Esta inesperada prudencia de su conducta desconcertó los planes todos de Morillo, quien calculó poder provocar a Páez siempre que lo juzgara oportuno, a una batalla campal en que el jefe llanero habría sido inevitablemente derrotado con grandes bajas y caído tal vez víctima

de su arrojo porque su hábito de ir al frente de la Guardia en cada carga era bien conocido.

Aquel sistema de retirada, *en barajuste* como lo llaman los *llaneros*, hubiera sido una maniobra muy peligrosa con otra clase de tropas, porque probablemente habría terminado en una irremediable dispersión, pero era muy común en la caballería irregular. Por consiguiente, en cuanto vieron que Páez volvía cara tremolando su bandera, que se distinguía de las otras por ser dos veces más grande y por una franja de un negro profundo, se concentraron sin que mediase otra señal, y lo rodearon ávidos de oír y ansiosos de ejecutar cualquier orden que pudiera darles.

La primera idea de Páez consistió en enviar el herido a retaguardia, después de vendarle el brazo en la mejor forma en que lo permitían las circunstancias, mediante un rápido y general suministro de pañuelos, adorno para la cabeza que enorgullece mucho a los *llaneros*. Luego lo confió a un viejo y seguro lancero de la Guardia, para que lo condujese al campamento de Caujaral, donde se hallaba el veterano general Zaraza, que se había incorporado a Páez poco tiempo antes con los restos de sus *guerrilleros*, dispersados en Rincón de los Toros, y más como *amateur*, aun por su propia voluntad, que como apto para cualquier servicio efectivo; en consecuencia se mandó retirar a la sabana de Cañafístola con el cuerpo principal de caballería dejado a su cargo, para que aguardase allí hasta que recibiese nuevas órdenes.

En segundo término pensó con el paternal cuidado de un jefe, en proveer a la seguridad de las familias de aquellos que estaban con él en el ejército, pues pudo adivinar fácilmente por el hecho de que los españoles hubieran quemado ya el hato de Merecure y dos o tres más, no distantes de allí, que Morillo tenía la resolución de penetrar a sangre y fuego por todos los lugares accesibles de los Llanos; por consiguiente dió órdenes a uno o más individuos pertenecientes a cada granja, escogiéndolos él mismo, porque conocía personalmente a cada sujeto de su guardia, para que saliesen en el acto, rumbo a sus respectivos *hatos*, con el propósito de ayudar a los ancianos, mujeres y niños en su fuga a un sitio remoto de las sabanas que había sido escogido como el refugio más seguro para los emigrados. Hallábase situado en las selvas, entre la laguna de Cunaviche y el río Orinoco y rodeábanlo pantanos y tremedales intrincados que hacían difícil su acceso aun a los nativos de las llanuras.

Páez convocó luego a consejo los *llaneros* de mayor edad y les pidió su opinión sobre el plan de ataque más oportuno

que podía adoptarse en las circunstancias predominantes; todos convinieron, tras madura consideración del caso, en que la infantería española se había apostado con demasiada seguridad en el bosque, para que fuese posible atacarla; entonces decidióse por modo unánime que se tratara de desalojar la caballería enemiga de la posición que había ocupado, pues su derrota no daba lugar a duda, aunque era muy superior en número a la Guardia de Honor, con tal que saliese a sabana limpia. A este efecto propusieronse diversos expedientes, todos rechazados por ineficaces, hasta que al fin el propio Páez tuvo una idea que se ejecutó en el acto.

Pronto encendióse fuego mediante un yesquero y a los pocos instantes la alta yerba seca ardía en llamaradas por varios puntos, rumbo al ejército español. Una fuerte brisa que durante el día sopla de modo tan continuo como los vientos ordinarios, a través de estas llanuras desabrigadas, avivó el incendio que avanzaba en rojo oleaje hacia el bosque, donde y a cuya vera hallábanse estacionadas las fuerzas españolas. Morillo tuvo inmediato informe de la aproximación de este nuevo y terrible enemigo que se acercaba bajo espeso dosel de humo, con el rugir de un horno poderoso y amenazando infalible destrucción contra todo lo que encontrara a su paso. Sereno ante el peligro, el impávido veterano dictó las órdenes oportunas para los diversos cuerpos de infantería, que avanzaron hacia el espacio abierto, despejado previamente, formando columnas cerradas, en rápida sucesión, a medida que salían del bosque.

La mayor parte de la caballería, situada en diferentes sitios de la selva, dondequiera que se encontraba un claro entre los batallones de infantería, logró salir y formar a retaguardia de las columnas; pero sin embargo, un escuadrón que por encontrarse a la izquierda de la posición que acababa de ocupar el ejército, era el más próximo al incendio, vióse envuelto en humo tan de repente que los caballos, medio sofocados, y espantados también por el estrepitoso crujir de las llamas, resistieron a obedecer, de modo que los jinetes tuvieron que abandonarlos, a pesar suyo, salvando sus propias vidas con no pequeña dificultad, mediante una rápida fuga al abrigo del bosque. Los artilleros abandonaron en la misma forma dos cañones y un caja de municiones, padeciendo graves quemaduras algunos de ellos en el intento de salvarlos; la caja hizo explosión poco después de alcanzarla el fuego y las cureñas de los cañones quedaron inutilizadas del todo.

La presencia de ánimo de Morillo libró a sus tropas de un conflicto que en realidad pudo ser terrible, como lo veían muy bien allí, donde aún estaban lejos de hallarse convenientemen-

te situadas, pues aunque no hubiera riesgo de que las llamas se extendiesen al terreno limpio donde formaban, el humo caliente que esparcía el viento a través de las filas apenas podía soportarse. Ya el fuego se había propagado al interior del bosque, donde ardía con furia creciente; la leña menuda convirtiéndose en una masa de vividas llamas que trepaban por las secas cortezas, dilatándose de rama en rama por los árboles decrépitos, cada uno de los cuales semejaba una columna de fuego. El incendio de la sabana cesó al llegar a los límites de la yerba, donde ya no tenía combustible, y desvanecida la nube de humo descubrióse a los llaneros avanzando sobre el terreno enengrecido, detrás de las llamas, y con Páz a su frente, ávido por sorprender y dispuesto a aprovechar cualquier desorden producido en el ejército realista. Como no vió coyuntura para sacar ventaja ni quería exponer su gente al terrible fuego cruzado que cualquier intento de cargar las columnas habría atraído sobre ellos, de modo inevitable, dió la vuelta con su guardia y lentamente encaminóse a Caujaral, dejando por un instante a los españoles en plena posesión del terreno.

Como no todas las tropas realistas habían cruzado aun el río, Morillo ordenó que cada regimiento vivaquease en el punto en que estaba; de acuerdo con esto el ayudante general pidió algunos piquetes avanzados y habiéndolos suministrado los cuerpos de servicio, se les apostó en las estacionse habituales, pero más cerca del cuerpo principal que de costumbre, a causa de los peligros que ofrecía la naturaleza del terreno.

La Torre, como antes a la cabeza de uno de los puestos avanzados, recibió orden de volver a estacionarse en el palmar que había ocupado anteriormente y que no distaba mucho de la nueva posición del ejército. Después de organizar los diversos centinelas y patrullas, pidió a su amigo Castro, otra vez teniente de su partida, que continuase la narración, lo cual hizo como sigue:

CAPÍTULO V

CONTINUA LA NARRACION DEL CRIOLLO REALISTA

Vencido, sangrante, sin aliento, en el colmo de la furia, el toro, acosado, se para en todo el centro, cubierto de heridas y banderillas, en medio de picas rotas y de enemigos puestos fuera de combate en la lidia cruel. Allí los matadores le provocan por todas partes, agitan la roja capa y blanden el estoque: una vez más se lanza como un rayo por entre todos... ¡Inútil furor! La capa se desprende de la pérfida mano, cubre sus fieros ojos... Todo ha concluído... se desploma sobre la arena.

Child Harold

Levantéme temprano la mañana siguiente, como lo acostumbraba siempre en Barinas, y salí al parque de Bellavista, donde me encontré con Fray Ignacio, que me condujo por toda la heredad, entreteniéndome durante el paseo con su gratisima conversación; llevóme a un espacioso jardín, situado detrás de la casa, donde comenzaban a brotar las primeras flores de una primavera europea; y mientras yo las admiraba, —pues la mayor parte de ellas eran desconocidas para mí, excepto algunas pocas pertenecientes a nuestras especies comunes, las cuales merecían el honor de ser conservadas en invernaderos o campanas de vidrio, inventos de que yo no tenía la menor noticia,— el sonido de una guitarra, tocada deliciosamente, atrajo mi atención hacia la ventana de un cuarto alto que miraba

al jardín. Fray Ignacio me dijo que era el departamento de Doña Isidora y que debíamos gozar de su música sin ser vistos, por lo cual penetramos en un emparrado que había debajo del balcón y desde donde oímos la siguiente canción, impresa de modo indeleble en mi memoria, no menos por la belleza de sus palabras que por la quejumbrosa melodía de la música:

“Acaba de matarme,
Melancolía!
Más quiero muerte amarga
que larga vida.
Cuando sepas mi muerte,
¡ven al instante!
a sacar de mi pecho
tu bella imagen
Pues yo no quiero
llevar hasta el sepulcro
lo que me ha muerto!”

“El canto cesó, y continuamos nuestro paseo. Al regresar a la casa salió a recibirnos una criada, a quien Doña Isidora había enviado para invitarnos al desayuno en su departamento. El capellán me informó que él recibía con frecuencia esta clase de invitaciones, porque Don Sebastián se levantaba siempre tarde y entonces sólo tomaba chocolate, seguido de un cigarro, por lo cual los huéspedes se desayunaban en sus respectivas habitaciones a la hora que más les convenía.

“La sala de doña Isidora hallábase dispuesta con un estilo de moderna elegancia del todo nuevo para mí, el cual formaba sorprendente contraste con los antiguos aunque hermosos muebles del resto de la casa. Libros que no versaban de modo exclusivo sobre temas de devoción, como podía haberlo imaginado yo; cuadros, inconclusos algunos, e instrumentos de música, revelaban que sus ocupaciones no eran de carácter sombrío, aunque a consecuencia de un voto hecho durante la peligrosa enfermedad producida por el desengaño de su juventud, usaba constantemente el oscuro hábito de *Nuestra Señora de los Dolores*, pero en tal forma que cuando aparecía en público, cediendo a los deseos de su padre, su traje apenas se diferenciaba de la *mantilla* y *saya* usadas por las otras damas de su compañía, bien que vista en privado le daba mucho el aspecto de una monja; sin embargo no imitaba la devoción de aquella orden de modo tan escrupuloso que se cortase la cabellera al rape, pues al contrario ponía especial cuidado en el arreglo de sus largas trenzas negras.

“Su conversación era animada y sus modales en extremo fascinadores, debido tal vez en alto grado a cierto matiz de habitual melancolía que está lejos de ser incompatible con el regocijo eventual y que le comunica un tono más acentuado. Hizome muchas preguntas sobre Venezuela, eludiendo al propio tiempo la más ligera alusión a mis difuntos padres; una vez, sin embargo, involuntaria y evidentemente inadvertido por ella, pude oírle exclamar: “¡Cuán parecido!”, y con facilidad adiviné lo que pasaba por su mente.

“Cuando nos levantamos para despedirnos, manifestó el vivo deseo de vernos a ambos todas las mañanas a la misma hora. Nos trasladamos a la biblioteca, donde Fray Ignacio me dejó entreteniéndome con las comedias de Lope Félix de la Vega, mientras iba a inquirir por la salud de don Sebastián. Estaba profundamente engolfado en la lectura de la comedia “¡Por la puente, Juana!” cuando recibí orden para ir al cuarto de mi tío, a quien hallé muy aliviado de su ataque reumático y al parecer con mejor espíritu que la noche pasada. Dióme una carta de presentación para su abogado, un escribano de Córdoba, que, según me dijo, suministraríame toda clase de informes respecto a la propiedad de mi padre, sobre la cual poseía yo un título indudable. Erame necesario dar a este sujeto una autorización legal para el recaudo de todas las rentas atrasadas, etc., en nombre mío y capacitarlo para hacer las gestiones necesarias a la obtención de mi herencia. Como el viejo mayordomo salía esa mañana para Córdoba, en asuntos de su amo, don Sebastián me aconsejó que aprochase la oportunidad de ir en su compañía, porque era un criado de confianza que me sería útil en el viaje, y para mostrarme la ciudad .

“Por consiguiente salí con el anciano, a quien hallé demasiado amigo de oírse hablar a sí mismo, como la mayor parte de los andaluces, pero después de todo, era un entretenido y utilísimo *camarada de viaje*. Contóme con manifiesto interés de los días juveniles de mi padre, pues según me informó había conocido a don Toribio desde niño; también aprovechó la oportunidad, durante nuestro viaje, para darme más pormenores de los que yo había sabido hasta entonces, acerca de la historia doméstica de mi propia familia.

“En llegando a Córdoba nos dirigimos en el acto a casa del escribano, *Maestro Tomás Tintero*, a quien fuí presentado por el *mayordomo*, que parecía hallarse en muy buenos términos con él. Era un vizcaíno de pequeña estatura chapado a la antigua y meticoloso; cuando leyó la carta de presentación de don Sebastián pareció confuso entre las formalidades habituales

de su profesión y su anhelo por demostrar suficientes consideraciones a un pariente tan próximo de su *honrado patrón*, como llamaba siempre a mi tío. Manifestóse altamente halagado con la comisión que me proponía confiarle y tomó breve nota de los documentos que había que redactar, prometiéndome a fe de escribano, prescindir en el acto de todos los demás asuntos, para que los papeles estuvieran listos a la firma dentro de dos días, término en que prometí volver con el propósito de autorizar los poderes.

“Habiendo el mayordomo concluído el negocio que lo llevara a Córdoba, mientras yo estaba entendiéndome con *Maestro Tintero*, me buscó en la escribanía y me propuso mostrarme la ciudad, que yo apenas había visto aún. Cuando regresábamos a Bellavista por el *barrio de la Catedral*, observé un cartel colocado en sitio culminante y en el cual se anunciaba a los vecinos de Córdoba y al público en general que una gran corrida de toros se efectuaría el domingo próximo, festividad de *Nuestra Señora del Carmen*. Como hasta entonces yo no había visto espectáculos de esta clase, excepto en los *Llanos*, donde a menudo tomaba participación en ellos, manifesté ardiente deseo de presenciarlo, y me sorprendió de modo agradable el saber, por lo que me dijo el mayordomo, que don Sebastián poseía un palco privado en el *Coliseo de toros* y que raras veces perdía ocasión de asistir a una lidia a menos que se lo impidiera una grave enfermedad.

“Cuando nos reunimos para el almuerzo, donde como antes encontré varios comensales, don Sebastián, manifestó su propósito de presenciar el *toreo*, junto con su hija, e invitó a todos sus huéspedes que aun no tuvieran palcos, a fin de que lo acompañaran al suyo, que era grande y bien situado para ver el espectáculo y la concurrencia. Durante el almuerzo toda la conversación recayó sobre unos nuevos *toreadores*, llegados últimamente de Aragón, y que debían estrenarse en la próxima corrida de Córdoba. El hijo del corregidor de esa ciudad, uno de los visitantes de Bellavista dió a don Sebastián, que evidentemente se interesó mucho en ello un minucioso informe crítico acerca de los nuevos diestros y nos dijo a nosotros que su padre había coadyuvado con el alcalde mayor para reunir un encierro de los mejores toros que hubieran pisado la arena en algunos años.

“Mi tío me hizo una pregunta sobre la materia, pero por desgracia dejé ver mi desconocimiento de los términos técnicos usados en el *toreo* de Europa y tuve que confesar mi completa ignorancia, siéndome fácil advertir la mortificación de Don Sebastián y la sorpresa y desdén de la mayor parte de

los huéspedes. Doña Isidora observó mi perplejidad y bondadosamente me libró de ella entrando en conversación conmigo, hasta que todos se retriaran a la "siesta" como de costumbre. La velada fué una repetición de la precedente, y a no haber sido por las mañanas que pasaba en compañía de doña Isidora y de Fray Ignacio, me habría sentido insoportablemente cansado de mi permanencia en Bellavista.

"Por fin llegó el día fijado para el *toreo* y como entonces había hecho amistad con algunos jóvenes *caballeros* que solían visitar a Bellavista, convinimos en que iría a caballo con ellos con el objeto de asistir a misa mayor en la *Catedral* de Córdoba y de almorzar casa del Corregidor, que había invitado numerosas personas con motivo de la corrida. Por la tarde concurrimos al *Coliseo*, que ya estaba lleno y fuí conducido por el hijo del Corregidor a la arena, lugar del recreo favorito, según pude ver, para los jóvenes de la ciudad, antes de entrar los toros y en los recesos de la lidia.

"Debo confesar que me sedujo el nuevo y hermoso espectáculo que contemplaba por primera vez: un anfiteatro desbordante y cada uno de cuyos palcos estaba lleno de damas andaluzas, a quienes debes reconocer como las más adorables de España. El color negro de su traje peculiar realizaba el efecto de sus bellas facciones, y la elegancia sencilla de su peinado, pues pocas llevan más de un ramito de jazmín o un clavel en sus cabellos, me admiraba y seducía. Algún tiempo después fué cuando pude descubrir el palco de don Sebastián y al fin reconocí la descollante y majestuosa figura del anciano coronel, rodeado de un círculo de amigos a quienes hablaba con toda la animación de la juventud. Doña Isidora, sentada detrás de él, hizome una señal para que fuese a reunirme con ellos, y apenas había entrado en el palco cuando sonó el primer clarín para que se despejase la arena.

"Tú has visto tantos *toreos*, camarada, que huelga entrar en descripciones; pero debo observar, sin embargo, que aunque los *toreadores* de Aragón desplegaban considerable destreza y agilidad no los creí comparables a los *llaneros*.

"¡Vaya amigo! contesó La Torre; te doy absoluta licencia para que te lisonjees de tus compatriotas, y aun para gritar "¡Viva la Patria" si lo quieres, pues debo confesar que ahora mismo hemos hecho un papel muy lamentable, cuando Morillo con su sabiduría nos mandó a escondernos en el bosque de donde Páez nos echó literalmente con humo. En realidad yo mismo estuve a punto de hacerme insurgente cuando unos pocos hombres de las pampas, indisciplinados y salvajes, se

nos subieron a las barbas, sin que se no permitiese cruzar lanzas con ellos; pero sigue y oigamos el resto de tu narración."

"Poco me queda por decir, fuera de que la corrida decidió mi futuro destino; varios toros habían sido muertos ya, sin embargo, no sin que antes hubieran inutilizado la habitual proporción de caballos y hombres; los *toreadores* de profesión y cierto número de aficionados habían ejecutado su faena, como de costumbre, en nombre de alguna dama o de cualquiera otra persona de la concurrencia; pero doña Isidora había sido olvidada, aunque en realidad su posición social le granjeaba títulos a esta prueba de consideración. Don Sebastián era demasiado orgulloso para darse por entendido de este desaire, pero pude advertir que no era poco mortificante para su afecto paternal y para su amor propio oír proclamar sucesivamente en la arena los nombres de las hijas del alcalde y del corregidor y los de otras familias distinguidas, mientras el suyo no lo mencionaba ni un *toreador* de alquiler.

"Ocurrió que yo tenía en las manos la mantilla de doña Isidora, que ella se había quitado a causa del calor cuando resolví de pronto hacer una o dos *suertes* en nombre de mi parienta; por consiguiente abandoné el palco a escondidas, sin descubrir a nadie mi propósito y consiguiendo una corta espada con el *matador*, pisé la arena en el instante preciso en que un nuevo y poderoso animal entraba en ella. Después de saludar al Gobernador, como observé que lo habían hecho los demás aficionados, hice la dedicatoria en la forma corriente: "*¡Vaya a la salud de doña Isidora Castro de Baeza!*" anuncio que atrajo sobre mí la atención no sólo de don Sebastián, sino de todos los que sabían nuestras relaciones de familia y que yo era un criollo de Sur América; luego traté de provocar al toro con la mantilla de doña Isidora, todavía en mis manos, y el bicho me atacó vigorosamente al instante; como el *toreo* había sido una de mis diversiones favoritas cuando residía con mis primos en Merecure, no me costó mucho desempeñarme a satisfacción de los espectadores, quienes creyeron oportuno aplaudir mi destreza con gritos de "*¡Viva la casa de Castro!*"

"Sería difícil darte una idea adecuada de la sorpresa y entusiasmo de don Sebastián por mi insólita quijotería. A semejanza de la mayor parte de los hombres orgullosos, mi tío afectaba desdeñar las aclamaciones de la multitud, mientras en el fondo de su corazón sentíase en extremo lisonjeado por este tributo (como decía él) rendido a la popularidad de su familia, de la cual era puntillosamente celoso. Cuando abandoné la arena y me reuní de nuevo a los del palco, don Sebastián me recibió con la mayor cordialidad, levantándose de

su asiento, tanto como se lo permitía su invalidez, y tendiéndome la mano por sobre dos o tres filas de sillas. Desde aquel mismo instante cambió del todo su conducta respecto a mí, de tal manera que en vez de sentirme desconcertado por la frialdad de las formalidades que habían hecho tan enfadosa mi residencia en Bellavista, me convertí de pronto en el más distinguido favorito. Mi tío no parecía nunca tan contento como cuando estaba yo cerca de él y pocos halagos pudieran serle más gratos que los lisonjeros parabienes que solían dirigirme aquellos de sus numerosos visitantes que presenciaron la corrida.

Doña Isidora y mi amigo el capellán observaban con placer este afecto creciente, que ellos trataban de fortalecer por todos los medios a su alcance. También es cierto que si por una parte me sentía orgulloso de su buen concepto, por la otra veíame obligado a pasar con él muchas horas de tedio en su departamento, oyéndole, o al menos aparentando hacerlo, las inacabables historias de su regimiento y las para mí menos interesantes anécdotas de la corte de Carlos IV. Llegó hasta darme la molestia de enseñarme el juego de *cháquete*, en el cual me convertí en su constante adversario nocturno, tanto para satisfacción de Fray Ignacio como para mi secreto martirio.

“Ocurrió otra circunstancia que me granjeó del todo la buena voluntad de mi tío y que de modo evidente sirvió para contrarrestar todas las malas impresiones que tenía de mis compatriotas, por lo menos en mi caso. Sus caballerizos estaban domando un fino potro andaluz, de su propio cría, pero de bríos tan extraordinarios que frustraba todos los esfuerzos de aquéllos; ya había maltratado ferozmente a uno o dos domadores, y el jefe de los mozos, que, sin duda tenía algún interés personal en que el caballo fuese vendido, declaró que sus mañas eran incorregibles. En vista de esto, don Sebastián había ordenado venderlo por cualquier precio a un contratista para la remonta de la caballería, cuando pedí permiso con el objeto de probar mi destreza como domador; mi tío dió su consentimiento en el acto, pues ponía mucha confianza en mi actividad por la prueba de mis hazañas de *llanero* que había presenciado ya en el circo. En vez de emplear los complicados jaeces que se utilizan en el *manège europeo*, hice un *tapaojo* y un *cabestro*, tales como se usa en Venezuela y pronto logré hacer perfectamente dócil el caballo.

“Mientras tanto el escribano, *maestro Tomás Tintero*, se había ocupado diligentemente en cumplir la comisión que le encomendé, encontrando pocos obstáculos para hacerme reco-

nocer como dueño de la pequeña heredad, cuyo título adquirí a la muerte de mi padre. Consistía principalmente en viñedos y estaba en posesión de un campesino rico, a quien renové el arrendamiento, ya a punto de concluir. Recibí de sus manos considerable suma de dinero, así por los atrasos que mi padre no había percibido en muchos años, como por las arras que se pagan habitualmente al renovarse un arriendo.

Un par de meses transcurrieron pronto en la diaria rutina de Bellavista y entonces recibí una carta en que el sobrecargo de don Gaspar Herrera me comunicaba desde Cádiz que se proponía regresar a Sur América, antes del término fijado. Ofrecíase la oportunidad de un barco que iba a zarpar rumbo a Veracruz, en México y que tocaría en Caracas (sic); ya el sobrecargo había tomado su pasaje y me aconsejaba reunirme con él dentro de una semana lo más tarde, porque el buque estaría listo para darse a la mar antes de concluir el mes.

“Cuando le comuniqué el contenido de esta carta, don Sebastián me dijo al punto que no podía pensar en partir conmigo; recordóme que aunque yo tenía la desgracia, como la llamaba él, de haber nacido en las Colonias, mi padre era español de nacimiento y que él, como mi pariente más próximo por línea paterna, tenía sin duda perfecto derecho a ser consultado respecto a mi elección de carrera o de punto de residencia. También me dijo a las claras que como sus propiedades no estaban vinculadas yo debía pensarlo muy bien antes de asumir una resolución que me enajenase su gracia y la buena opinión que se había formado de mí, como ocurriría en efecto, caso de persistir yo en mi propósito de regresar a Venezuela y sobre todo ingresando en el gremio mercantil.

“Considerándolo bien comprendí con facilidad que me convenía dejarme dirigir por los deseos de mi tío, aunque ya estaba satisfecho con lo que había visto de Europa. Por consiguiente dile las gracias por el favorable concepto que le merecía y manifestéme dispuesto a seguir su consejo, aventurándome al propio tiempo a insinuarle que anhelaba una oportunidad de distinguirme en alguna carrera y que tenía la más profunda aversión por la vida inactiva. Entonces me informó que habiéndome visto personalmente dar pruebas de valor y bizarría (sin duda aludiendo a mi *debut* en la corrida) había hecho una humilde oferta de mis servicios a Su Majestad Católica, por órgano del antiguo preceptor de Fernando, el Duque de San Carlos, entonces al frente de los negocios públicos, y con quien don Sebastián estuvo un tiempo

en íntimas relaciones. El Rey, se había dignado graciosamente dar una respuesta favorable y mi tío esperaba a diario que llegase la notificación de mi ingreso, como alférez, en algún regimiento. Trató de conservar en secreto esta buena noticia, hasta que pudiese tener la satisfacción de darme una sorpresa entregándome el nombramiento, pero no pudo seguir ocultándomela porque no dudaba que al revelármela desvanecería en mi mente toda idea de regresar a Venezuela.

“Correspondí a don Sebastián con justo y sincero reconocimiento por sus gestiones a favor mío, dándole las gracias con tan viva expresión, que ello hubiera sido suficiente para convencerlo de mi franca aquiescencia a la elección que había hecho de mi carrera, caso de haber podido abrigar la menor duda a este respecto. A decir verdad me sentía gratamente sorprendido con la noticia y esperaba con impaciencia la llegada del prometido nombramiento. En el acto escribí a mi antiguo compañero, el sobrecargo, para comunicarle mi resolución de permanecer en Europa y envié con él otra carta para don Gaspar en que le explicaba con amplitud mi situación y proyectos, todo ello en una forma que sin duda merecería su aprobación. Asimismo envié una larga correspondencia a mi tío y primos de Merecure, para darles cuenta pormenorizada de mis aventuras y expresarles mis sentimientos por no serme posible volverlos a ver tan pronto como lo había esperado.

“Al cabo recibí el nombramiento de alférez en el regimiento de Húsares de Numancia, junto con la *patente* de Don, que me había sido conferida merced a los ruegos de don Sebastián con el Primer Ministro, pues de otro modo hubiera encontrado muchas cortapisas para obtener la segunda, aun por compra, porque para entonces los criollos de las colonias desafectas gozaban de muy poco favor en la corte. Frecuentes y minuciosas fueron las advertencias que antes de partir me hizo el meritorio y anciano coronel, respecto a la línea de conducta que me convenía seguir al iniciarme en el mundo y no fué menos elocuente al explicarme la rutina y etiqueta de mi nueva profesión. Además tuvo a empeño equiparme del todo y entre otras pruebas de su estimación regalóme su propia espada, antigua hoja de genuino modelo toledano, forjada por el célebre *Andrés el Herrero*, y con este lema:

*¡No me saques sin razón
ni me envaines sin honor! (1)*

(1) A Andrés el Herrero se le llamaba habitualmente Andrés Ferrara.

“Comprenderás que debía procurarme un sable más moderno, antes de entrar en ejercicio, pero cuidéme de afrentar a mi tío, haciéndoselo saber.

“Cuando ya todo estuvo listo y después de dar una afectuosa despedida a don Sebastián, a su hija y a mi amigo Fray Ignacio, me incorporé al regimiento “Numancia”, que servía por entonces en las inmediaciones de Vélez Málaga, contra unas guerrillas que merodeaban en esa región del país. Pasé dos años en el regimiento muy a satisfacción mía, porque el coronel era un antiguo oficial de mi tío y de cuando en cuando me concedía licencia para pasar algunas semanas en Bellavista. Don Sebastián, que continuaba interesándose tanto por mi bienestar como si yo hubiera sido hijo suyo, obtuvo mi promoción al grado de teniente en el cuerpo a que ahora pertenezco y en el que tuve el gusto de conocerte. Desde entonces hemos permanecido siempre tan juntos que nada más tengo que referir, fuera de lo que tú mismo debes ya saber.

“¡Mil gracias camarada! Pero díme ahora seriamente cómo piensas hacer para lograr una entrevista con tu prima Juanita, pues doy por sabido que eso es tu gran preocupación al presente.”

“En primer término debo tratar de saber dónde se ha refugiado la familia de mi tío Silvestre, y luego, si logro arreglármelas para enviar una carta a Juanita, le fijaré un punto determinado de la sabana donde nuestra cita puede efectuarse sin riesgo para ella; sé que es una intrépida amazona y casi tengo la convicción de que se aventuraría hasta allí.”

“Mientras tanto, agregó el capitán, confía en mi promesa de proporcionarte un mensajero, caso de ser posible; pero oigo tocar la *retreta* en el campamento y ya es hora de que despache las patrullas. *Hasta luego.*”

CAPÍTULO VI

LA RETIRADA DE LOS EMIGRADOS

Allí encontró la tribu un asilo a salvo entre aquellas vastas ciénagas y densos bosques, con desiertos intransitables, terrenos inundados y pantanos laberínticos, segura defensa contra enemigos humanos.

Southey

Los *llaneros* Gómez y Gamarra, a cada uno de los cuales había destacadó Páez con un hijo, cabalgaban a paso rápido y en silencio a través de la sabana: Ambos padres iban embarcados con penosas ideas por la suerte de sus mujeres e hijos, a quienes ahora estaban próximos a trasladar de sus cómodos hogares para que experimentasen todas las fatigas anexas a la errátil vida de los emigrados.

Llegaron al hato de Gamarra cerca de la puesta del sol y fueron recibidos con abrazos y lágrimas por el ansioso grupo reunido en espera de ellos. Desde la mañana se había aumentado la partida con la llegada del *Cura de Guas dualito*, don Manuel Cuadras, a quien acompañaban una hermana viuda y dos hijos de ésta, también compelidos a huir de la amenazante tempestad de la guerra. No había tiempo que perder en tomar las medidas necesarias para salir del hato; sin embargo los varones dieron muerte a una ternera, que las mujeres descuartizaron y asaron como avío para el camino, mientras aquellos encerraban en el *corral* una madrina de caballos y mulas, procedentes de los comederos cercanos. Cogieron a *lazo* tantos de los animales dóciles como se requerían y los ensillaron de

prisa para el viaje; también cogieron un par de mulas fuertes las cuales, puestas las albardas, destinaron al acarreo de aquellos pocos efectos que podían llevarse convenientemente.

Luego juntáronse todos para tomar la última y melancólica cena en el amplio salón que tan a menudo había presenciado sus regocijos en alegres reuniones celebradas allí. Después de acompañar al cura en la acostumbrada y vespertina *Oración a la Virgen*, la comitiva se puso en marcha, seguida de los perros de ambos hatos, que parecían conscientes de que estaba ocurriendo algo extraordinario, pues, aunque eran de la feroz cría de Cumaná, mezclábanse todas en tregua forzosa, ocasionalmente interrumpida por algunos gruñidos hostiles. Las únicas vías que a través de estas extensas sabanas conducen a la laguna de Cunaviche, o realmente por cualquier rumbo hacia el interior, consisten en simples caminos de ganado, abiertas por los rebaños salvajes en su tránsito de una parte a otra de las llanuras, y como estas veredas sólo permiten el paso de los caballos uno tras otro, los fugitivos tenían poca o ninguna oportunidad de reunirse para conversar. Gamarra dirigía la marcha, con la carabina lista para el caso de que se presentara de pronto un tigre, y orientado su rumbo a través del desierto por la luna y las estrellas; mientras Gómez, a retaguardia, arreaba las mulas de carga, silbando el aire llanero. “¿De los generales cuál es el valiente? etc.” (1)

Hacia medianoche llegaron a un palmar no distante de un jagüey, y como las mujeres se quejaban del cansancio, resolvieron quedarse allí y dejar que caballos y mulas pastasen hasta la mañana. Hombres y muchachos conjunieron en hacer la centinela relevándose unos a otros, por supuesto con excepción del cura; y después de encender una fogata, para protegerse contra tigres y panteras, todos, excepto el chico más joven, a quien tocó en turno vigilar primero, sumiéronse pronto en un sueño profundo.

Al amanecer continuaron la fuga y no fué sino después de ocultarse el sol, a las tres noches de haber abandonado el hato, cuando llegaron al sitio escogido por Páez para residencia de los emigrados, mientras el ejército español continuara en los Llanos. Numerosas hogueras había ya encendidas bajo los *congrios* de abierta copa y la mayor parte de

(1) Este cantar llanero decía:

“¿De los generales cuál es el valiente?

“Mi general Páez con toda su gente.

“¿De los generales cuál es el mejor?

“Mi general José con su Guardia de Honor.”

las familias estaban cantando la oracin vespertina de ¡*Salud María!* (sic). Como la sombra sucede rápidamente al crepúsculo en estos climas, era ya demasiado tarde para pensar en construir algún refugio provisoinal en que se recogiesen las mujeres y los niños, de modo que se vieron en el caso forzoso de vivaquear otra vez a la intemperie; pero a la mañana siguiente, Gmez y Gamarra, con ayuda de sus hijos varones, fabricaron chozas de bambú y pencas de palma para sus familias y otra destinada al Cura de Guasualito. Concluída su misión despidiéronse cariñosamente de sus mujeres y niños y regresaron a incorporarse con el ejército de Páez en la sabana de Cañafístola, que era el punto de reunión señalado.

Ambas madres, Mercedes y Paulita, después de organizar sus humildes *ranchos* con la mayor comodidad posible, salieron juntas a recorrer su nuevo sitio de residencia, donde ya se habían reunido de cuatrocientas a quinientas familias. La selva de majestuosos *congrios* y *caujaros* que rodea la laguna de Cunaviche ábrese en varios puntos, formando hermosos recodos cubiertos de una yerba corta y muelle; Páez había escogido uno de los más remotos cuyo único acceso posible, por no existir sendero alguno, consistía en rodear un intrincado laberinto de tremedales, vadeando a menudo profundos tributarios de la laguna, bullentes de caimanes y tupidos de cañas. La mayor parte de las familias recién llegadas habían construído ranchos bajo los árboles y como todas fueron seguidas por sus perros, y muchas arrearon sus rebaños de vacas, desde las próximas sabanas, el lugar ofrecía ya el aspecto de una extensa y populosa aldea.

Algunas se ocupaban en ordeñar; mientras otras que tuvieron el cuidado de traer los útiles necesarios, pilaban maíz en grandes morteros de madera y con pesados *majaderos*; o bien cocían *arepas* en anchos platos de tierra. Buen número de las muchachas reuníanse a orillas de la laguna, para lavar la ropa de sus respectivas familias, y su incesante vocerío, junto con las risotadas que resonaban en el bosque, hacían ver que la emigración no embargaba sus ánimos tan hondamente como podía esperarse. La mujer de Páez, doña Rosaura. (2) residía en uno de los ranchos más grandes, preparado para reci-

(2) Páez decía a Bolívar, a 5 de enero de 1819, desde Caujaral: "Es ocioso que yo diga que nada invierto en mi beneficio de lo que pertenece al Estado; nada tengo y ni mi esposa disfruta de una prenda por pequeño que sea su valor". La mujer del caudillo era doña Dominga Ortiz, a quien cuadra muy bien el retrato moral que el autor de esta obra hace de su doña Rosaura.

birla con más holgura que de costumbre, por una partida de la Guardia de Honor, que se prestó espontáneamente para este servicio, pues, en realidad, los *llaneros* demostraban siempre extremada consideración por *La Señora*, como la llamaban de ordinario. Ella no debía semejante deferencia al sólo hecho de ser la esposa favorita de su jefe, sino a que poseyendo una educación muy superior a la de todos los que la rodeaban, mostrábase al propio tiempo tan modesta y bondadosa con cada uno, que aquéllos le profesaban indecible respeto y admiración.

Había nacido en San Carlos, de la provincia de Caracas, en la región limítrofe de Barinas, y su familia era superior a la de Páez, con quien casó antes de comenzar la revolución en Venezuela. Cuando su marido se alistó bajo la bandera de la independencia, siguióle a los Llanos, pero sin permanecer nunca con el ejército, porque prefería gozar una vida de apartamiento en una pequeña posesión a las márgenes del Cabullare. Allí se consagraba del todo a la educación de dos hijos suyos, raras veces visitada por Páez, pues las ocupaciones y costumbres de este último eran tan del todo opuestas a las de doña Rosaura, que aun siendo incapaz de sentir indiferencia por ella, la evidente frialdad y reserva del jefe llanero cuando estaba en compañía suya no podían dejar de causarle profunda tristeza, porque lo amaba con apasionado afecto.

Ahora veíase rodeada por grupos de *llaneros* acostumbrados siempre a ocurrir a ella para pedirle consejo y ayuda en sus menores tribulaciones, por lo cual confiaban en que su presencia, aunque ella estaba envuelta, no menos que ellos, en la común calamidad, constituía, en cierto modo, una protección en sus necesidades. Con la asistencia del Cura de Guasualito, poco a poco logró calmar el temor excesivo de las emigradas, quienes, poseídas de pánico ante la soledad del bosque en que buscaban refugio, lejos de procurar alentarse unas a otras, exageraban con insistencia en sus conversaciones, los peligros a que se verían expuestas probablemente, durante la ausencia de sus maridos y de sus hijos. Ella les recordaba los pantanos que circuían la laguna de Cunaviche, haciéndoles ver que cuando ellos mismos se abrieron paso con dificultad a través de los tremedales, debía confiarse en que eran un obstáculo insuperable contra el avance de un ejército invasor; asegurábales, además, que la vigilancia de Páez no podía ser eludida por los españoles, ahora que se hallaban en plena sabana y que él, sin duda, encontraría medios de darles aviso a los emigrados para que se retiraran a tiempo, más adentro del

desierto, caso de que Morillo, por alguna circunstancia imprevista, descubriese aquel escondrijo.

Por orden de Páez se condujo a El Congrial, nombre de aquel remoto bosque, un numeroso rebaño de vacas con sus becerros, distribuido entre las diversas familias que por haberse visto forzadas a dejar sus hatos con excesiva premura no pudieron traer sus ganados. Los fugitivos se familiarizaron poco a poco con su nueva situación, y sus diarias faenas se desarrollaban, en cuanto era posible, casi con la misma rutina que cuando estaban en pacífica posesión de sus granjas. Hilar con el *huso* es más bien un entretenimiento que un oficio serio para las mujeres suramericanas de todas las clases, y como en las selvas de las márgene del Orinoco se recoge algodón silvestre en abundancia, el hilar y el tejer se convirtieron durante el día en la constante ocupación de las personas mayores, mientras los niños se iban en diversas direcciones en busca de frutas silvestres y de huevos de tortuga. Estos últimos se encuentran en tales cantidades en los bancos de arena, que constituyen un importante artículo de comercio entre los indios del Orinoco, quienes los secan al sol para que les sirvan de provisión en el invierno, y logran extraerles un aceite bueno y líquido que suministran a los diferentes establecimientos de misiones situados a orillas del río.

Por la noche, después de la Oración, en que por lo regular todos tomaban parte, oíanse la música de las guitarras y los cantos nacionales procedentes de las diversas partes del bosque donde estaban construídas las chozas. Numerosa reunión formábase siempre en el *rancho* de doña Rosaura, quien, después de comentarse las últimas noticias llegadas del ejército, que desde luego ella era la primera en recibir, invitaba a pasar la velada contando cuentos, de los cuales la mayor parte de las *llaneras* poseen buen repertorio, recurso casi indispensable para ellas, durante los monótonos meses de las lluvias anuales, cuando cada *hato* se ve aislado por las inundaciones de las sabanas.

El Padre Manuel Cuadras, uno de los primeros en proponer este entretenimiento nocturno, convino en dar el ejemplo comenzando con la siguiente narración.

CAPÍTULO VII

EL ESPECTRO DE LOS ANDES

El bloque helado y movido del ventisquero avanza día por día, pero soy yo quien le permite el paso o contiene sus témpanos. Soy el genio de esta región; podría hacer inclinar la montaña y estremerla hasta en su cóncavo asiento.

Manfredo

“Fuí educado para la Iglesia en el Colegio de la *Compañía* en Bogotá, bajo la dirección de Fray Ambrosio Monzal, Superior de los Jesuítas de Nueva Granada, y hombre a quien, aun desterrado de Sur América por subsiguiente decreto que vedó la residencia en las colonias españolas a los discípulos de Loyola, todavía lo recuerdan con veneración todos los que estudiaron bajo sus auspicios. El Arzobispo de Bogotá, que cifraba grande y merecida confianza en Fray Ambrosio, atendía de modo invariable sus recomendaciones referentes a aquellos alumnos que hubieran alcanzado la sagrada distinción de la tonsura, y dábales preferencia sobre todos los demás candidatos para la provisión de Curatos en su diócesis. Tan pronto como terminé el curso ordinario del Colegio, fuí presentado al Arzobispo con informes favorables acerca de mis calificaciones. Recibí las órdenes en seguida, y después de officiar por algunos años como capellán supernumerario en la Catedral de Bogotá se me nombró para el Curato de Guasdalito en la Barinas inferior. Semejante aldea no había sido provista de pastor hasta entonces, por lo cual sus habitantes

tenían que asistir a las iglesias de Betolles o de Achaguas, según les conviniera mejor.

“No obstante lo avanzado de la estación, mi afán por cumplir los mandatos del Arzobispo, que consistían en partir para mi parroquia con el menor retardo posible, me indujo a desatender por completo las observaciones de aquellos conocidos míos que habían estado en Venezuela y todos los cuales me aseguraban que la Cordillera de los Andes, interpuesta entre los Llanos y Nueva Granada, no podría franquearse en época alguna del año sin correr gravísimo riesgo, pero que en el invierno sería la mayor locura intentarlo; advirtiéronme que ninguna mula, por potente que fuera, lograría trasponer entonces la cadena de montañas y que me vería en la imposibilidad de conseguirme un vaquiano bastante atrevido para aventurarse junto conmigo, caso de ser tan falto de cordura que persistiese en proseguir a pie la peligrosa jornada. Sin embargo, no dí crédito a la mayor parte de las espantosas anécdotas que cada uno de mis amigos se empeñaba en referirme, acerca de pasajeros que habían perecido en los *páramos*, deduciendo por modo temerario que todos aquellos relatos aterradores habían sido muy exagerados con el expreso propósito de asustarme y hacerme desistir de mi empresa.

“Compré dos buenas mulas pertenecientes a la magnífica cría que da fama al valle de Sogamozo; una para montar yo y la otra para conducir el equipaje; luego concerté un hábil e inteligente montañés, llamado Julián Rojas, para que me acompañase a pie, forma acostumbrada de viajar entre las clases humildes de Nueva Granada. Como viajaba despacio, así por el *peón* y las mulas como por mi propia comodidad, pues aquello era la única excursión larga que había hecho hasta entonces y como descansé varios días en Chiquinquirá, Sogamozo y Tunja, invertí más de un mes en llegar a la aldea de Cheva, situada al pie de la Cordillera. La estación lluviosa había comenzado ya y los ramales inferiores de los Andes no estaban casi nunca libres de un espeso dosel de nubes, mientras los picos gigantescos que señorean la cumbre, envueltos en sus espléndidos mantos de nieve, parecían oponer infranqueable barrera a todo nuevo avance.

“El Cura de Cheva, en cuyo hogar fuí recibido hospitalariamente, trató en vano de hacerme desistir de mi resolución, con todos los argumentos que pudo imaginar. Ya podía darme exacta cuenta de que el intento de atravesar las montañas tropezaría con riesgos considerables, aunque no comprendiese toda su magnitud, pero entonces era joven y me avergonzaba de retroceder, habiendo llegado tan lejos en mi viaje. Además,

los fondos con que me habían provisto mis padres casi estaban agotados por las compras indispensables que tuve que hacer y por los mismos gastos del camino, no obstante su modicidad, de modo que no me hubieran permitido permanecer donde me encontraba hasta el retorno de la primavera. En consecuencia resolví arrostrar a todo evento el páramo de Pisba y aproveché la ocasión de seguir con una tribu errante de indios cachiríes, que emprendían el paso de los Andes con el objeto de invernar en las templadas llanuras de Casanare.

“Habiendo hecho regular acopio de arepas y carne de venado seca, salí de Cheva con mi peón Julián y como cerca de veinte cachiríes, acompañados de sus mujeres e hijos. Después de tres días de viaje, subiendo y bajando las filas inferiores de la Cordillera, durante los cuales tuvimos que pasar varios torrentes casi invadeables, llegamos a uno de esos puentes colgantes, llamados *tarabitas*, con el cual no conté nunca en mis cálculos. Jamás había visto una de esas peligrosas marmomas para franquear los precipicios de las montañas y aunque a menudo oí hablar de ellas nunca pude forjarme una idea precisa de su terrible aspecto.

“El abismo opuesto ante nosotros medía en su anchura como un tiro de ballesta; y a juzgar por la vertiginosa pendiente de sus rocosos flancos, parecía haber sido abierto por uno de esos terremotos formidables que suelen conmover en su asiento la misma gigantesca Cordillera. Por el fondo de la sima rompía su curso un torrente montañoso visible del todo porque su espuma producía abajo el “crepúsculo del abismo”, bien que su rugido apenas se percibiese a semejante distancia; en los flancos medraba una vegetación escuálida compuesta de arbustos dispersos y plantas trepadoras con alguna que otra palmera minúscula que a duras penas podían arraigar en las quiebras de las rocas; pero en lo alto, cedros majestuosos se inclinaban sobre ambas márgenes del precipicio.

“Atravesaba el abismo un sólido cable de torreas de cuero crudo, pero como era imposible mantener en tensión esta pesada *soga*, humedecida de modo constante por las lluvias que caen sin cesar durante todo el año en las selvas andinas, aflojábese mucho en el centro, formando un amplio segmento de semicírculo. La tarabita, especie de cuna hecha de mimbres, y en apariencia muy podrida por la humedad, colgaba de aquella soga, a cuyo largo corría, merced a grandes motones y tirando de ella hacia adelante o hacia atrás con largos cordeles de fibras torcidas. Como era la estación en que los viajeros no suelen intentar el paso de los Andes, la familia indígena, cuya ocupación consistía en atender el puente colgan-



te y que vivía la mayor parte del año en un pequeño rancho construido en la margen opuesta a aquella en que nos hallábamos nosotros, habíase retirado a invernar en una aldea situada al otro lado del páramo, después de halar la tarabita hacia la orilla en que habitaba el guarda, y dejándola atada al cedro de donde pendía la *soga*.

“Al principio supuse que nuestro avance tenía que interrumpirse, sobre todo cuando los indios se agacharon con su aire habitual de taciturna apatía, como si hubieran resuelto no moverse de allí hasta que los forzara el hambre; pero mi peón Julián, que conocía mejor sus costumbres, me aconsejó que esperase con paciencia hasta ver el resultado de sus deliberaciones. Después de contemplar por algunos minutos y en completo silencio el inesperado obstáculo, uno de los más diligentes se quitó el *poncho* y las cotizas, asió con brío de la *soga*, le echó las piernas, cruzándolas por encima y comenzó a pasar en esa forma, pendiendo de aquella. Sin duda tuvo que hacer un terrible esfuerzo para sostenerse a causa de las oscilaciones de la *soga*, y cuando hubo pasado del centro y principió a subir fué presa de evidente fatiga que difícilmente le permitió continuar. Mientras tanto sus compañeros no le dirigían la menor palabra de estímulo y continuaban fumando sus *churumbelas* con visible indiferencia. Al cabo logró, mediante un violento esfuerzo, asirse a las raíces de un árbol que colgaba sobre el precipicio y con ayuda de las cuales trepó a lo alto del peñasco, donde se echó extenuado del todo.

“Cuando hubo descansado desató la *tarabita* y después de lanzarla desde la orilla, los indios que estaban del lado nuestro la atrajeron hacia nosotros. Encontramos en ella las cinchas y correas empleadas con el objeto de transportar ganado a través del abismo, hallazgo que vino a servirme de consuelo porque abrigaba el temor de verme forzado a dejar mis mulas allí, cuando no podía darme cuenta de los medios por los cuales se las pasaría al otro lado. Obsequié a los indios con tabaco para que me ayudasen a transportalas, antes de atravesar nosotros, pues Julián me advirtió que si permitía que aquéllos franqueasen primero el precipicio, probablemente seguirían su marcha dejándome abandonado a mí mismo. Desde entonces he observado bastante su congénita indolencia y su propensión a que cada quien dependa de sus propios esfuerzos, para convencerme de que aquella hubiera sido en efecto mi situación.

“Sin embargo, los indios me hicieron ver la necesidad de que otros dos de ellos atravesaran el abismo para prestarle

ayuda a su compañero en la tarea de pasar la mula; consentí en ello, y dos intrépidos cachiríes se trasladaron a la orilla opuesta, hecho lo cual, los restantes procedieron a descolgar la *tarabita* y poniendo una de las bestias bajo el extremo de la *soga*, atado al tronco de un cedro, cerca del borde del abismo, tapáronle los ojos y la aseguraron a los motones. Los tres que habían salvado ya el precipicio, tiraron de la mula por medio de unas de las cuerdas de la *tarabita*, y como los del lado nuestro la forzaron a ceder, descendió con terrible velocidad hacia el centro de la *soga*; los de la otra orilla haláronla entonces y la desataron; esta operación repitióse con la mula restante; y al fin nosotros pasamos por parejas en la *tarabita*, libres de todo accidente.

“Como la travesía del precipicio ocupó todo el resto del día, determinamos pernoctar en la choza del guarda de la *tarabita*; el tiempo, aunque lluvioso, mostrábase hasta entonces relativamente benigno, pero al anochecer las crecientes ráfagas de viento y el confuso rumor de un trueno remoto, nos advirtieron la aproximación de una tempestad de invierno, la cual vino con tan espantosa rapidez que a los pocos instantes estaba en su apogeo. El viento aullaba en la copa de los cedros, a cuya sombra habían construído el rancho donde nos refugiábamos, doblegándolos y sacudiéndolos como si fuesen débiles arbustos, mientras los relámpagos iluminaban por intervalos toda la selva, jugueteando entre los troncos de los árboles y fingiendo llenar la choza, donde todos los indios se habían amontonado. Truenos estrepitosos sucedían instantáneamente a cada relámpago, estremeciendo la tierra que pisábamos, casi sin receso alguno. Nos encontrábamos realmente en medio de la tempestad, porque aun no habíamos ascendido sobre el nivel ordinario de las nubes.

“Jamás había presenciado yo escena tan espantosa; los indios, a pesar de su flema característica, no podían contemplarla con su calma habitual y cuando relámpago tras relámpago fulguraba a través de todos los resquicios en la frágil habitación, retratábase en sus bronceados rostros una expresión mortal de terror, ajena del todo a su ingénito aire de orgullosa indiferencia. Saqué de mi baúl una pequeña imagen de San Antonio, todopoderosa contra las tempestades, y me prosterné ante ella, pidiendo a todos los presentes que me acompañasen en los ruegos al santo. Sólo Julián obedeció a mi exhortación, porque los cachiríes, que aun conservan vestigios de idolatría, adoran por miedo a un demonio, a quien atribuyen el origen de todo mal, muy especialmente en las regiones salvajes de la Cordillera. A pesar de mis amones-

taciones continuaban musitando sus invocaciones mágicas al *Vulto de los Andes*, cuya residencia suponen situada en los cráteres de los volcanes apagados que se encuentran en la mayor parte de los páramos, y creen además que le place cabalgar en las nubes tempestuosas para destruir a los viajeros errabundos que se aventuran por sus dominios solitarios.

“Por fin llegó la mañana y cesaron los truenos, pero la lluvia y el viento continuaban con violencia; cuando propuse seguir adelante los cachiríes manifestaron gran oposición a la marcha, porque, al decir suyo, el páramo estaba bravo todavía. Supe por Julián que entre los indios, hasta los conversos creen tan firmemente en la existencia y malévolos atributos del *Vulto*, que atraviesan de prisa, en silencio y sin alzar los ojos del suelo por esos parajes desiertos de las cumbres altísimas, llamados páramos, y a los cuales consideran como la residencia peculiar de los malos espíritus. Si los sorprende la tempestad, cuando en la cima, invariablemente sacrifican al temido demonio algunos de sus adornos, o bien su repuesto de víveres y la mayor parte de sus ropas, echándolos en un precipicio o dentro de la profunda y negra laguna que se encuentra siempre entre los picos más enhiestos.

“Al cabo logré inducirlos a salir de aquel rancho, que apenas podía merecer el nombre de refugio, porque, construido para habitación veraniega, habíanlo techado con hojas de plátano silvestre que dejaban colarse la lluvia por muchas partes. Los tropiezos y peligros del camino eran diez veces mayores; el resbaladizo sendero serpeaba por la orilla de los precipicios, siendo en general tan angosto que ya no pude confiar en mi mula; en consecuencia eché pie a tierra, no sin gran riesgo porque casi no tenía espacio donde apearme, y la conduje lentamente de la brida. Aquella fué una feliz precaución de parte mía, porque a poco andar la bestia tropezó en una piedra suelta y no encontrando bastante campo para recobrar el equilibrio rodó al precipicio; no obstante mis esfuerzos por ayudarla y desapareció en un instante dentro del abismo. La mula de carga, que era la más recia de las dos, continuaba marchando todavía, aunque en realidad muy fatigada, al cuidado de mi peón; pero Julián movió la cabeza en signo de desconfianza cuando le pregunté si creía que la acémila pudiese llegar a la otra falda de la Cordillera.

“Tras estas peripecias salimos de la guarida que la selva nos había formado hasta entonces y entramos en el páramo, paraje escueto y roqueño de algunas millas de extensión, en que la nieve, que amortaja ampliamente todas las demás partes de la montaña, no podría acumularse por la violencia de las

ráfagas que la barren, aullando de modo incesante. Allí no se encontraba ya sendero alguno, pero los indios descubrieron pronto el camino sobre el fragoso terreno mediante los huessos de hombres y de bestias que a cada paso veíamos blanqueando a la intemperie. La mula de carga, debilitada por sus precedentes esfuerzos, cayó tratando de pasar por una roca lisa y escarpada, sin que hubiera modo de obligarla a levantarse; víme, pues, en el caso de abandonar la mayor parte de mi equipaje, porque nos fué difícil persuadir a los cachiríes para que condujeran las vituallas y algo de mi vestuario, aunque no logré salvar el *almofrez* que contenía mi cama, ni un solo libro de la escasa biblioteca que había escogido con tanto cuidado para solazarme en el retiro, y que tanto apreciaba.

“Habíamos salido de la choza del *tarabitero* ya tarde por la mañana, y los rayos del sol poniente proyectaban ahora nuestras sombras a la distancia, cuando los indios, que habían continuado su camino de prisa, a un paso que más de una vez amenazó dejarme a la zaga, se detuvieron de repente y a gachas comenzaron de nuevo a murmurar en su propia lengua las mismas invocaciones, al parecer, que habían hecho durante la tormenta. Traté de averiguar la significación de aquello, pero sólo obtuve por respuesta: “¡*El Vulto!*” dicho con tono de impaciencia y enojo por la pregunta. Julián que parecía compartir sus terrores en no mínimo grado, pues cruzó los brazos devotamente y rezando el *rosario*, me llamó la atención hacia una sombra gigantesca que tenía burda semejanza con la forma humana y que aparecía y desaparecía de modo alternativo,, conforme iban pasando las neblinas. Debo confesar que al primer momento experimenté considerable temor ante aquello que semejaba una aparición sobrenatural, hasta que recordé haber leído el caso de un fenómeno análogo presenciado por los viajeros en los Andes próximos a Quito y que era producido, al rayar el día o a la puesta del sol, por la proyección de la sombra humana sobre las nieblas errantes.

“La explicación estuvo lejos de satisfacer a Julián a quien no pude disuadir de que había visto frente a frente al espantoso Genio de la Cordillera; sólo me contestó que sin duda yo debía saberlo muy bien, pero que semejante visión nunca dejaba de predecir desgracia. Cuanto a los cachiríes era vano pensar en argüírles contra sus preocupaciones ni lo creí prudente, considerando cuán necesario me era su asistencia para disgustarlos intentando hacerlo, pues mi peón me había dicho que experimentaban temor supersticioso al hallarse entre las montañas en compañía de un sacerdote o de un fraile, y pude

advertir que me miraban con muestras de disgusto, como si yo fuera la única causa para que el espectro se hiciese visible.

“El sol hundiéndose bajo el horizonte y el *Vulto* no volvió a aparecer; los indios abandonaron entonces su actitud de adoración y siguieron a prisa por el *páramo*. Así como atravesábamos la fila desabrigada, el viento adquiría tanta violencia y el frío era tan embargante que en muchos lugares teníamos que arrastrarnos a gatas y aun a veces que tumbarnos contra el suelo temerosos de ser precipitados al abismo por la furia de las ráfagas. A menudo el aire se oscurecía con los torbellinos de nieve y al fin nos vimos forzados a detenernos hasta que saliese la luna, reposando mientras tanto al abrigo de algunos enhiestos picos de granito que se erguían abruptos, como ruinas de alguna antigua fortaleza. Varios indios se alejaron en busca de combustible, porque algunas de las mujeres y de los chicos se hallaban helados de tal modo que eran incapaces de andar. Aunque no se veía ni una brizna de yerba ni señal alguna de vegetación, excepto musgo y liquen, pronto se las compusieron para encender una fogata con fragmentos de fustes de sillas, pedazos de tabla y huesos secos, tanto de bestias como de gente.

“Mientras nos amontonábamos acurrucados en torno del fuego, sorprendiéndonos la llegada de algunos cachiríes que se habían adelantado y los cuales traían un indio en apariencia muerto; pero que al ser examinado más de cerca dió signos de vivir aún; depositado al abrigo de la roca, las mujeres frotaron sus pies y sienes hasta que pudo ingurgitar un poco de *aguardiente* que por fortuna había yo traído conmigo. Los cachiríes que lo acercaron al fuego informáronme haberlo encontrado tendido junto con su familia, toda la cual estaba completamente muerta. Grado a grado se repuso lo suficiente para tomar algún alimento, y al fin recobró bastante fuerzas para decirnos que dos días antes, junto con su mujer e hijos, había dejado su cabaña de la *tarabita*, pero que no habían podido pasar más allá del centro del *páramo* antes de que los sorprendiese la espantosa tormenta de la noche anterior; que se acostaron en el suelo y que ignoraba lo que había ocurrido después. Cuando supo la suerte de su familia reprochó amargamente a los cachiríes por haberlo separado de ella haciéndolo despertar, e insistió en que lo dejaran donde estaba.

“Al principio atribuí esta desesperada resolución a simple embriaguez y a la desgana de todo género de ejercicio producido siempre por la exposición a un frío excesivo, pero

cuando el enfermo se recobró lo suficiente para fumar una *churumbela* que le ofrecieron, y estábamos preparándolo para reasumir el viaje a la clara luz de la luna y las estrellas, todavía persistió en su propósito de no moverse del sitio en que lo habían colocado. Los cachiríes parecían del todo indiferentes a la suerte de aquel indio, pues en realidad no abrigaban la más ligera intención de conducirlo por el *páramo*, aunque él se los hubiera suplicado, de modo que mucho menos se dejarían persuadir por argumento alguno, o ganga que yo pudiera ofrecerles, para trasladarlo contra su propia voluntad; así, tuve que convenir muy a pesar mío, en que fuese abandonado a inevitable muerte. Mi fiel peón Julián hízome la advertencia de que no me quedase ni un instante detrás de los indios porque desertarían de nosotros caso de fatigarnos, con tanta indiferencia como dejaron al *tarabitero*. Es probable que en realidad hubieran considerado nuestra muerte como una circunstancia provechosa, porque así habrían obtenido tranquila posesión de las ropas que conducían y aun de las que llevábamos encima.

“La furia del viento se había aplacado en cierta medida, y repuestos ya merced a nuestro descanso avanzamos con más rapidez por el *páramo*. Al rodear un soberbio pico, que dominaba a los restantes, nos vimos frente a la laguna, cuya inmensa profundidad era delatada por la negrura de sus aguas. Cerca del pico hllábase la infeliz familia del *tarabitero*; cuatro niños, de diversas edades, yacían abrazados unos a otros y en parte cubiertos por una capa reciente de nieve y granizo. La madre, sentada y rígida, tenía en los brazos un niño también muerto de frío, aunque abrigado con casi todas las ropas de la mujer. Los indios apresuraron el paso, deteniéndose apenas para echar una ojeada sobre aquel cuadro, pero arrebatando al pasar y con precipitación, los *ponchos* con que el bebé y los otros niños estaban envueltos.

“Por la mañana temprano logramos llegar a un tambo en ruinas, situado en la parte más espesa de la selva, y a los dos días, después de pasar uno de los bosques, entramos en la aldea de *Las Salinas*, donde descansé por algún tiempo para reponerme de la fatiga y estropeo que había padecido, resuelto firmemente a no intentar nunca más la travesía de la Cordillera en invierno”.

CAPÍTULO VIII

EL CAMPAMENTO PATRIOTA. — ATAQUE NOCTURNO. — GUERRA A MUERTE.

Pero cuando se ganó el campo y los que habían sobrevivido al combate rindieron sus armas, fué obra detestable descargar sobre los indefensos prisioneros la ruda espada de la conquista.

Juana de Arco

Llegado que hubo a Caujaral con su *Guardia de Honor*, Páez vió que Zaraza había cumplido ya sus instrucciones, trasladándose con el resto de la caballería a la sabana de Cañafístola, que por ser más abierta permitía observar la aproximación del enemigo en cualquier dirección; en consecuencia partió a la mañana siguiente para reunirse con él y llegó por la tarde al rústico campamento, si es que merece tal nombre un montón de soldados pertenecientes a diversas armas y confundidos todos sin plan ni concierto alguno, caso ineludible siempre que mandaba el jefe veterano Zaraza, a quien todos conocían en el ejército patriota con el nombre familiar de *El Taita Cordillera* alusivo a la blancura de su cabeza. Era con mucho el más viejo de los generales de Venezuela y había sido infatigable en su oposición a los realistas, desde los primeros días de la revolución, aun antes de que el nombre de Bolívar fuese conocido por respecto alguno. Cuando Monteverde reconquistó a Caracas, y Bolívar, entonces coronel al servicio de la Patria, vióse obligado a huir por algún tiempo del continente, Zaraza conservó reunido los restos del ejército disperso, en la provincia del Cumaná y Barcelona, y continuó molestando a los realistas; sin embargo,

a causa de sus inveteradas preocupaciones contra todas las reglas militares que tuviesen por objeto la disciplina, sus propias huestes poseían todos los hábitos y apariencia de una *guerrilla*, y si capitaneaba temporalmente las tropas de otro general, introducía en ellas, de modo invariable, la irregularidad y el desorden.

Acantonada su guardia, Páez cabalgó con sus ayudantes habituales hacia la parte del campamento en que se había acuartelado Zaraza, encontrando a este jefe muy atareado en cocer su ración de carne en un asador de palo, al fuego de una hoguera, rodeado de oficiales y soldados suyos, que se entremezclaban con ostensible igualdad.

"¡*Norabuena, Taita Cordillera*", exclamó Páez al desmontarse. "¡Buena disciplina mantiene usted entre sus *rotos*, y bonito ejemplo de subordinación está dándoles a mis *llaneros*!"

Aquel ataque a sus preocupaciones y peor aun el despreciativo término de *rotos*, aplicado a sus hombres, a quienes consideraba como a hijos, llamándolos siempre así, desconcertaron realmente al veterano, como Páez lo había premeditado.

"¡*Malhaya con cien demonios* Hubiera podido jurar, niño *José Antonio*, que la primera palabra que oíría a su llegada, era la de disciplina. En eso y en subordinación es en todo lo que piensan usted y Simón Bolívar; y de mucho que les ha servido a los dos! Bolívar con su disciplina fué derrotado por Morillo en La Puerta; casi alanceado en su hamaca por López en Rincón de los Toros; sorprendido por Calzada en Ortiz; y ahora forzado a buscar refugio entre los capuchinos (cuyo sólo nombre aborrezco) al otro lado del Orinoco. Y usted, señor Páez... cuéntenos qué hazañas hizo ayer con sus alabados *llaneros*, aunque me es más fácil comprender por la quietud con que han llegado al campamento, que ustedes fueron derrotados por los *godos*. Si ustedes hubieran logrado la menor ventaja hubiéramos oído a su subordinada y muy comedida guardia, gritando y vociferando en una forma en que mis *rotos*, como usted se complace en llamarlos, nunca se atreverían a hacerlo!"

"¡*Oiga, Taita!* Aquí está Carvajal que jura que usted no les dió nunca motivo para cantar victoria; me dice que cuando perteneció por algún tiempo a su *guerrilla*, en Barcelona, usted no dejó jamás que su gente viera los colores amarillo y rojo de la bandera de Monteverde; y que cuando Boves y el *zambo* Yáñez fueron hasta El Bergantín, usted se salvó huyendo al campamento de Monagas en Cantaura.

"¡Maldito sea Carvajal!" exclamó el rudo veterano, ya en el colmo de la ira. "Me asombra que usted, Páez, que tiene algún sentido..., una especie de sentido propio en bruto... pueda oír las *pendejadas* de ese individuo. Fuí yo el primero que le enseñó a manejar la lanza, cuando Bolívar y los demás disciplinistas, andaban huyendo por Margarita y Santo Domingo; y la Patria se hubiera perdido para siempre a no haber sido por Cedeño, Monagas y otro que no nombraré. Usted no era entonces más que un muchacho, Páez; un simple *mocoso* y no sabe nada de todo esto, fuera de huirle a Boves, con seguridad!"

"Entonces el *taita* olvida, dijo Carvajal, uno de los oficiales favoritos de Páez y comandante de su guardia; "olvida cómo lo ayudó Monagas a arreglar sus cuentas pendientes con Yáñez, cuando el *zambo* le quemó la casa y la hacienda de Peñuelas."

"¡Oigamos eso!", exclamó Páez, porque se deleitaba en hacer rabiarse, o como él mismo decía, en *torear* a Zaraza, quien nunca supo distinguir entre chanzas y veras—: "jamás he oído hablar de ese incidente, Carvajal. ¿Cómo fué eso?"

"Pues bien, Boves marchó repentinamente desde la ciudad de Cumaná hasta el pie de El Bergantín, donde acampaba mi general Zaraza con su método habitual de establecer piquetes avanzados, es decir, no tan distantes de él que dejase de sentir el calor de las fogatas; por consiguiente fuimos sorprendidos y forzados a huir a Cantaura, como dije antes. Monagas avanzó en el acto con todo su ejército para repeler esta invasión de los *Altos Llanos*, pero no llegó a tiempo de salvar la casa y la familia del *Taita*. Cuando nos aproximamos a Peñuelas, Monagas y algunos más, entre los cuales figuraba el *Taita*, se adelantaron a reconocer el enemigo, situado en la cumbre de un cerro separado de nosotros por un barranco profundo. Los realistas nos descubrieron pronto y pudieron distinguir la bandera del *Taita*, después de lo cual uno de ellos le gritó a éste: "*Oiga, viejo Zaraza*, le quemamos la casa y le tenemos presos a la loba y a los lobeznos!" *Taita Cordillera*, en vez de montar en cólera como lo hace todos los días con sus *rotos*, por cualquier bagatela, se volvió muy tranquilo hacia Monagas e hizo la observación de que hasta los *godos* podían decir verdad algunas veces, porque la noche anterior le habían dado aquella noticia."

"¡*Oiga!* contestó Zaraza; y hágame el favor de explicarme lo que usted hubiera dicho, *señor sabemuchito*, caso de hallar-

se en mi lugar. ¿Habría podido construir una nueva casa con todos sus atufos de venganza? Pero dejemos estas tonterías, y sépase qué les pasó en Merecure y cuándo podremos esperar a Morillo en plena sabana, pues supongo que ustedes abandonaron las orillas del río con el designio de aguardarlo aquí."

Ciertamente, *amigo Zaraza*, dijo Páez; no creo pueda hacerse nada mejor ahora, pues Morillo, como de costumbre, persiste en conservar su caballería a salvo bajo la protección de la infantería, y usted sabe que hay órdenes muy estrictas de Bolívar para que no se aventure una batalla campal, y también es cierto que mi inferioridad en número y la completa escasez de infantería y artillería, serían suficientes para disuadirme de correr ese riesgo, pero Morillo debe avanzar por las sabanas en cualquier momento, o ha bajado a los Llanos para poca cosa, de modo que no ha de faltarnos ocasión de medir lanzas con esos altivos *godos*. Por de pronto pienso destacar a Rangel con sus carabineros a través del Arauca, para que se mantenga entre los realistas y su depósito, que debe de estar en las ruinas de San Fernando. Si Rangel es tan activo como de costumbre, impedirá que Morillo reciba suplementos de la retaguardia, a menos que un batallón de infantería escolte cada recua de mulas; y por mi parte prometo que los españoles tendrán poco descanso de este lado, hasta que les haya hecho pagar completa y satisfactoriamente todos los daños que han cometido ya y que amenazan seguir cometiendo en los *hatos*. Pero usted olvida, *Taita Zaraza*, que hemos pasado todo el día a caballo y que nos sentimos muy dispuestos a darle nuestra opinión acerca de su habilidad en el arte de la cocina."

En consecuencia los bien provistos asadores de madera, que se doraban alrededor de la lumbre, fueron traídos uno por uno y plantados en tierra frente a ambos generales, quienes tenían por asiento un rimero de sillas de montar y estaban rodeados de sus ayudantes y asistentes. Cada quién esgrimía un cuchillo o un hierro de lanza, listo para un ataque contra la carne asada; y siguióse una pronta merma en la abundante copia de costillares enteros, *cecinas* y otras golosinas llaneras colocadas ante ellos en rápida sucesión. Páez se retiró luego a descansar, después de mandar a decirles a todos los comandantes de tropa que al día siguiente se distribuirían caballos nuevos a cuantos necesitasen de remonta.

A la mañana siguiente, se le informó temprano a Páez, que había sido arreada a las cercanías del campamento una

madrina de varios miles de caballos, y que ya estaban presos los soldados que querían mudar de bestias. Salió para el sitio en cuestión, acompañado por todos los que no se hallaban de guardia, o empleados en otro servicio, es decir, como por tres cuartas partes del ejército, a quienes guiaba la curiosidad de asistir al siempre animado entretenimiento de un reparto de *potrillos*. Inspeccionados los animales de todos aquellos que eran candidatos para la remonta, dió orden de soltar las bestias inservibles, y de que sus dueños lo siguiesen hasta la manada, reunida como a una milla, bajo la custodia de *llaneros* expertos, cuya obligación consistía en recoger caballos destinados al ejército. Necesitaron hacer los mayores esfuerzos para impedir que los animales cerriles rompiesen el cerco de jinetes formado en torno de ellos, porque ya se habían asustado a la vista del ejército y los caballos más viejos del rebaño, con las crines erizadas y bufando de rabia y de miedo corrían alrededor, seguidos de los restantes, en busca de algún punto abierto por donde pudiesen escapar a sus solitarias dehesas; mas por dondequiera que se presentaban los recibían con gritos y tremolar de banderolas.

Páez y sus oficiales favoritos, únicos a quienes permitía intervenir en la faena, cabalgaban despacio en torno de la manada, escogiendo los mejores caballos, que, después de enlazados, entregaban a algunos de los jinetes listos allí para recibirlos y a quienes cualquiera de sus compañeros ayudaba a conducir el animal con el objeto de amansarlo. Los caballos cerriles, que parecían tener un miedo instintivo al lazo, se agrupaban en vano, bajando la cabeza para librarse de la sogá, pues los *llaneros* lanzábanla de modo tan certero que nunca dejaba de coger el animal a que iba dirigida, aun corriendo a toda velocidad. Ya enlazado un número suficiente de bestias para domarlas, Páez y los demás elegidos por él, principiaron a enlazar y a derribar potros para cortarles las cerdas de crines y colas, con el fin de tejer cabestros.

En tanto el campamento resonaba con el alboroto provocado siempre por los *corcobos*; en todas direcciones veíanse caballos que se precipitaban violentamente, coceando y procurando deshacerse de aquella insólita molestia por todos los medios a su alcance; cuando los animales lograban su intento comenzábase una cacería a través de la extensa llanura, mucho más interesante que cualquier cacería de zorros en Europa; los amigos del malhadado jinete perseguían al fugitivo, a *rienda suelta*, para detenerlo si era posible e im-

pedir que escapase con silla y cabestro. La manada de caballos, vigilados ya con más descuido que al principio, dieron una carga simultánea por la parte más débil del cerco, y habiendo logrado romper por allí, corrieron a través de la sabana, lanzáronse en un brazo de laguna que encontraron a su paso y atravesándolo a nado huyeron a sus pastos nativos.

Ya todo el ejército español había atravesado el Arauca, y Morillo que hasta entonces no había podido hacer un solo prisionero, ignoraba aún la retirada de Bolívar a la otra margen del Orinoco, por lo que se dispuso a buscarlo, pero orillando el ribete de bosques que ciñe el Arauca, para evitar, en lo posible, el riesgo de penetrar en la llanura abierta, pues conocía muy bien su propia inferioridad en el arma de caballería. Siguiendo las sinuosidades del Arauca quemó todas las granjas próximas a su itinerario y al fin llegó al hato de Cañafístola, situado entre una curva del río, frente a la sabana donde acampaba el ejército de Páez. Erale en absoluto necesario atravesar esta parte de la llanura con objeto de evadir un extenso médano que por varias millas se extiende a la margen del río, más allá de Cañafístola y por consiguiente se dispuso a forzar el paso. Páez, viendo aquel propósito, formó su ejército en tres divisiones, dos de las cuales envió a rondar en cada flanco de las columnas en marcha, mientras él se retiraba despacio con la tercera, a través de la sabana, haciendo que sus jinetes echasen pie a tierra de cuando en cuando y dejasen pastar sus caballos tranquilamente.

A la puesta del sol, los españoles hicieron alto en un sitio donde unas cuantas palmeras distantes unas de otras, les suministraban combustible, y frente al vivac prepararon sus fogañas de guardia nocturna. Páez se detuvo también y encendió una línea de hogueras, aunque sin el menor intento de permanecer en reposo hasta el día siguiente. A eso de la media noche trasmitió órdenes a los diversos cuerpos para que ensillasen y montasen en silencio, dejando al propio tiempo numeroso piquete con instrucciones para que patrullara ante las hogueras, conservándolas vivas, y se hiciera sentir ocasionalmente del enemigo, que no estaba a más de una milla de distancia. Páez condujo luego su guardia, seguido del resto del ejército, y rodeó el campamento español, guardando suficiente espacio para eludir la observación de los piquetes apostados cerca del grueso del ejército, a causa de la peligrosa topografía del terreno. Avanzó rápidamente sobre la retaguardia enemiga y al ser alertado precipitose con